

Especial sobre la resistencia democrática y la esperanza que perdura

Venezuela no se rinde

El 28 de julio de 2024 no marcó el fin de la dictadura en Venezuela, pero sí el inicio de su cuenta regresiva.

Las actas no son un recuerdo: son prueba viva de que el cambio es inevitable. Y cuando un pueblo se une, ya nada vuelve a ser igual



28 de julio 2024 / AFP



28 de julio 2024 / AFP



28 de julio 2024 / AFP

Editorial

El país no olvida su victoria

El 28 de julio de 2024 no fue una fecha más: fue un grito democrático. Millones de venezolanos, sorteando amenazas, censura y precariedades, se movilaron en todo el país para expresar su voluntad. Lo hicieron sin garantías, pero con una convicción poderosa: cambiar el rumbo de la nación. Y lo lograron. Ese día la ciudadanía eligió a Edmundo González Urrutia como presidente legítimo de Venezuela, en una elección sin precedentes por su participación, su civismo y su contundencia.

Este suplemento conmemora aquel hito, no como un recuerdo estático, sino como un punto de partida. Porque, aunque la dictadura no cayó, su mentira sí. El país se descubrió mayoría. Y esa conciencia ya no puede borrarse.

El proceso electoral fue posible gracias al Acuerdo de Barbados, que abrió una puerta que Maduro luego intentó cerrar a la fuerza. Inhabilitaciones, persecuciones, exilios y cárcel no han sido suficientes para revertir la verdad expresada en las urnas. Al contrario: solo han profundizado la fractura entre un poder que se sostiene con represión y una ciudadanía que se reafirma en la dignidad.

Este suplemento es un ejercicio de memoria, pero también de futuro. Aquí están las claves de lo que pasó, las voces de quienes resistieron, los logros silenciosos y las lecciones que marcarán lo que viene.

Aunque el dictador siga en el poder, la mayoría ya no está dormida. Y cuando un país despierta, ningún poder puede volver a cerrarle los ojos. Porque Venezuela no se rinde. Y porque rendirse ya no es una opción.

ENSAYO >> EMOCIÓN POR LA DEMOCRACIA

El entusiasmo, una fuerza profunda

Una crónica narrativa que plasma la mística, la entrega y el valor cívico del votante venezolano durante la jornada del 28J

MILAGROS SOCORRO

Hay dos hechos. Parecieran el mismo, pero no lo son. La cuestión es que los vamos a analizar en el momento en que coincidieron hasta semejar uno: el triunfo de la oposición venezolana en las elecciones de julio de 2024 y la derrota electoral del chavismo por una diferencia jamás vista en un evento comicial en toda la historia de Venezuela.

Son dos fenómenos, dos recorridos. Nos detendremos en uno, la victoria de María Corina Machado, a pesar —¿o será precisamente por ello?— de estar “inhabilitada”, perseguida, restringida en sus movimientos por el territorio nacional e incapacitada para recibir recursos, de los que el contendor, la dictadura, dispone sin límites. Aún así, decíamos, Machado se impuso, y por paliza: el candidato que se sacó de la manga a pocas semanas de las elecciones le ganó a Maduro con el 70% del sufragio (y eso sin contar con el voto de la diáspora, a la que se le puso mil obstáculos para impedirle ejercer un derecho que, con toda certeza, no iba a favorecer al culpable de su huida en masa). Chávez, que ganó en 1998 con 56% de los votos, en su mejor momento (2004-2006), tenía un apoyo de entre 60-70%, según encuestas, pero en un contexto de bonanza económica por el boom petrolero, que financió programas sociales masivos, como las misiones, y sin la crisis humanitaria actual.

Poseído por un dios

Una hazaña, como se le mire. Que no se explica solo por un cambio en las preferencias políticas. Es eso y mucho más. Machado concitó el entusiasmo de una inmensa mayoría del país. Y cuando hablamos de entusiasmo nos referimos a una fuerza muy poderosa, que va más allá de la simpatía, de las coincidencias doctrinarias o ideológicas o de la fe en un líder que nos saque de una circunstancia negativa. El entusiasmo es eso y más; no por nada el término tiene raíces en el griego *enthousiasmos*, que significa “estar poseído por un dios”: un fervor que trasciende lo mundano y se asocia con una inspiración divina. Desde luego, la palabra nos llega cambiada, evolucionada, y en la actualidad describe una emoción intensa, una motivación ferviente, que en política alude a un estado emocional que impulsa a los individuos a la participación activa.

El entusiasmo es un motor más potente que emociones como el miedo o el resentimiento, que tienen el costado inconveniente de paralizar o fragmentar a una población. El entusiasmo, en cambio, compacta, suma. Es lo que explica, por cierto, cómo una población, por mucho tiempo en apariencia pasiva, se movilizó con tal fervor que superó los obstáculos de la represión y el agotamiento expresado en desánimo. Lo de 2024 no fue una emoción espontánea, sino el resultado de un complejo proceso de transformación emocional y un profundo deseo de cambio, que encontró cauce en la figura de María Corina Machado.

La teoría de la “política de las emociones” sostiene que los sentimientos no son una barrera para la acción política, sino una potencia que la incita. En contextos de represión, el principal desafío para la movilización —o para inducir la parálisis— es el miedo, que ha sido utilizado por el chavismo desde su primer día en el poder y con tendencia creciente hasta llegar al estado de terror en que vive Venezuela y en el que sobreviven Maduro y sus cómplices amarrados al poder.

Los movimientos políticos exitosos

hacen un trabajo emocional activo para transformar las emociones negativas en positivas. Esto se vio con nitidez en Venezuela. Años de represión, crisis económica, pobreza, familias separadas y fracasos electorales habían generado un sentimiento de desesperanza y humillación, que daba la impresión de no tener fin. Y entonces ocurrió la campaña electoral de Edmundo González Urrutia, (en los hechos, de María Corina Machado), que vino a demostrar que estábamos ante una transformación emocional: del miedo al coraje. Del hartazgo a la esperanza.

La participación masiva en los actos de campaña y en el proceso de votación constituyeron ya una victoria del valor colectivo sobre el pánico individual. La imagen de miles de personas en las concentraciones de la candidata “inhabilitada” y, luego, haciendo fila para votar, se convirtió en un símbolo de poder que disipó el temor a las represalias.

Estaba claro que el entusiasmo no se basaba en el odio (ni en el ya gastado resentimiento venezolano), sino en un profundo sentimiento de indignación moral y de agravio ante tanta injusticia, tantos abusos y tan descarada corrupción. Este sentimiento de ultraje compactó a un electorado diverso y canalizó su frustración en la determinación de cambio.

Mujer de palabra

El autor norteamericano, Eric Hoffer, afirma, en su libro *El verdadero creyente. Consideraciones sobre la naturaleza de los movimientos de masas*, que los individuos se unen a los movimientos de masas no tanto por la doctrina, sino para escapar de un “yo insatisfecho”. Los movimientos ofrecen un “sustituto” para una vida vacía —o vaciada a mandarrizos, que es lo ocurrido en Venezuela— y proporcionan un sentido de propósito, pertenencia y, sobre todo, esperanza.

El entusiasmo que se manifestó en Venezuela puede ser visto a través de la perspectiva de Hoffer como la energía de una población que, tras años de crisis, se sintió frustrada y sin futuro, terreno fértil para el surgimiento de un movimiento de masas, pues el individuo ya no busca una solución personal, sino una transformación radical que solo una causa colectiva puede ofrecer.

Hoffer sugiere que cuando alguien está “maduro” para un movimiento, está dispuesto a unirse a cualquier causa efectiva. Esto puede explicar la transferencia de energía emocional de un movimiento a otro. El fervor que inicialmente apoyó al chavismo, basado en la promesa de un cambio radical, se disolvió en amarga frustración y encontró un nuevo cauce en María Corina Machado, quien desde el primer día fue, para decirlo en términos simples, lo contrario del chavismo, sin fisuras ni pestaños.

Hoffer clasifica a los líderes de los movimientos de masas en arquetipos. El papel de María Corina Machado se alinea con el del “hombre (o mujer) de palabras”, que es el primero en surgir en la vida de un movimiento. Los “hombres de palabras” se dedican a desmantelar el sistema de creencias del régimen en el poder. A través de un discurso firme e inquebrantable, María Corina Machado ha desempeña-



María Corina Machado durante una manifestación en Caracas el 28 de agosto de 2024 (recortada) / Juan Barreto – AFP

La jornada que marcó la historia democrática venezolana

Las elecciones estuvieron precedidas por el Acuerdo de Barbados sobre garantías electorales, firmado entre el gobierno y la oposición en octubre de 2023. Este acuerdo prometía condiciones mínimas para una elección libre, incluyendo observación internacional, habilitación de candidatos, actualización del registro electoral y garantías de respeto a los resultados. Sin embargo, desde entonces fue violado sistemáticamente por el régimen de Nicolás Maduro, quien mantuvo la convocatoria con el objetivo de legitimarse ante la comunidad internacional y buscar alivio a las sanciones económicas.

Golpe al electorado en el extranjero

Uno de los golpes más severos a la transparencia electoral fue la decisión del Consejo Nacional Electoral (CNE), controlado por el oficialismo, de impedir que más de 4 millones de venezolanos en el extranjero pudieran ejercer su derecho al voto. A pesar de numerosas solicitudes, demandas judiciales y presión internacional, el CNE cerró el registro consular y solo permitió votar a unos pocos miles de venezolanos residenciados en el exterior con inscripción previa y vigente, dejando sin voz a la diáspora más numerosa de América Latina.

do este papel sin ambigüedades; insisto en esto porque la coherencia de sus actitudes, lo sostenido de sus posiciones ha devenido uno de sus principales atributos, desde haber denunciado las fallas y crímenes del sistema chavista, aun en la cara del propio Chávez.

El libro de Hoffer afirma que el fervor de un movimiento está estimulado por la voluntad de sus seguidores de sacrificarse por una especie de “causa santa”. La figura de María Corina, con su postura de no negociar y su disposición a enfrentar las consecuencias, ha instituido un tipo de liderazgo que inspira una fe incondicional. Sus seguidores no se sienten atraídos por un programa político, sino por la convicción de que están participando en una lucha moral y existencial.

Algo que no se ve

Incluso antes de que el 28 de julio de 2024, cuando quedó refrendado en las actas de votación, el entusiasmo que despierta MCM fue reconocido

“Voté por la esperanza de un cambio”

Luisa Pérez, coordinadora de testigos en el estado Miranda: “El momento más emotivo fue cuando cerraron las mesas. Vimos a funcionarios del CNE llorar al ver los resultados. Algunos nos dijeron en voz baja: ‘Cuiden esas actas, son la verdad del país’. Ahí supimos que habíamos ganado”.

Yurbenis Escalona, votante del estado Lara: “Era mi primera vez votando, fui con mucha esperanza y fe de que todo iba a cambiar en el país. Me preparé días antes y ese día, a las 3:00 de la mañana, ya a esa hora estaban llenos de gente. Hice heladitos, empanaditas y tequeños. Recorrí la mayoría de los centros de votaciones cercanos, voté a las 8:00 y seguí ayudando a la gente porque estaba segura de que íbamos a ganar. Hasta que supimos el resultado”.

como sin precedentes por su magnitud, diversidad y resistencia en un contexto autoritario; y así sigue resonando en 2025, aunque transformado por la represión y los desafíos estructurales.

La frase “entusiasmo popular sin precedentes” retrata la escala masiva y la energía única de la campaña. En un país devastado (85% de pobreza, hiperinflación acumulada) y más de ocho millones de emigrantes, los mítines de MCM convocaron multitudes de decenas de miles en lugares como Petare, Catia y Anzoátegui, enclaves chavistas hasta hacía poco. Medios internacionales y posts en X compararon estas concentraciones con las de Chávez en 1998-2006, y destacaron su capacidad para atraer a las clases medias lo mismo que a sectores populares y antiguos chavistas. Esta diversidad fue clave: rompió la hegemonía del régimen en sus bastiones, algo nunca visto a tal escala en la oposición.

Su mensaje, centrado en la liberación nacional y la reunificación familiar, resonó en un pueblo muy castigado. Su valentía frente a la persecución la convirtió en símbolo de resistencia, pero con enfoque democrático... La campaña aprovechó redes sociales como X para contrarrestar la censura y movilizar a la diáspora, que amplificó el mensaje en dimensión global. A diferencia de Chávez, que gobernaba con recursos estatales, Machado logró esta movilización bajo un régimen autoritario, enfrentando amenazas y censura, y sin dinero, sin propaganda y hasta sin hoteles donde quedarse en sus giras al interior del país. Todo esto amplificó su impacto.

El mundo sabe lo que ha ocurrido después de que Maduro desconoció la voluntad popular y se quedó en el poder con el control de las instituciones y el apoyo de los militares; puesto en situación defensiva por ese entusiasmo popular del que venimos hablando, detuvo más de dos mil personas; mató casi treinta personas y sofocó a tiros las protestas.

La gran pregunta ahora, a un año del 28J, es si María Corina Machado ha logrado mantener vivo el entusiasmo. Actos simbólicos, como los grafitis con “Aquí ganó Edmundo” y su nominación al Premio Nobel de la Paz en 2025 muestran un apoyo sostenido, que el régimen confirma con sus constantes secuestros de políticos, activistas y periodistas.

Ella no ha cesado en su discurso de lucha espiritual y su presencia constante, aún desde su escondite, pero enfrenta el desafío que supone un contexto de creciente autoritarismo. Su mensaje de “vencer el miedo” y la organización ciudadana siguen siendo un motor para sus seguidores, pero el impacto futuro dependerá de la capacidad de la oposición para sortear la represión y mantener la presión externa. El apoyo de actores internacionales, como sanciones selectivas, condenas diplomáticas o respaldo a iniciativas democráticas, es crucial, pero el fervor podría decaer si nada de eso se traduce en resultados tangibles, como elecciones libres o debilitamiento del régimen.

Esto es lo que se ve, lo que es fácil de apreciar, pero hay algo más profundo, algo que está oculto porque la represión y los motivos para callar son muchos... Los venezolanos que participaron en el proceso electoral, en largas filas y numerosos obstáculos, lo hicieron motivados por la esperanza de recuperar su dignidad y de vivir en un país libre. La figura de María Corina Machado sigue siendo el símbolo de esa esperanza, eso no ha cambiado. El fervor que despierta puede alimentarse de la convicción de que, a pesar de los desafíos y las maniobras políticas, su causa es justa y acabará por imponerse.

SEMBLANZAS >> LOS DOS LÍDERES DE LA OPOSICIÓN DEMOCRÁTICA

Las voces del liderazgo

María Corina Machado

Se ha escrito tanto sobre ella que resulta un riesgo volver a hacerlo. Sin embargo, hay momentos históricos en que una vida merece ser contada de nuevo, porque el presente le ha dado un nuevo sentido. El 28 de julio de 2024 marcó un antes y un después en la historia contemporánea de Venezuela, y con él, la figura de **María Corina Machado** dejó de ser solo una dirigente de oposición para convertirse en el rostro vivo de una resistencia moral que se niega a desaparecer.

“Temo por mi vida, por mi libertad y por la de mis compatriotas”. Así lo declaró al *Wall Street Journal* el 1 de agosto, desde la clandestinidad. En esas líneas, escritas desde un lugar desconocido, se revela más que la gravedad del momento: se dibuja el carácter de una mujer que no huye, sino que se repliega estratégicamente para seguir dando la batalla. Porque María Corina no se esconde. Se protege. Y desde esa trinchera invisible, dirige con precisión quirúrgica el movimiento opositor más robusto que ha visto Venezuela en décadas.

Forjada en hierro, guiada por la memoria

Hay quienes la describen como una mujer de convicciones inquebrantables, casi de acero. En el rostro de María Corina Machado se dibuja una determinación que no se desgasta con el tiempo, ni con las derrotas, ni con las advertencias. Su entorno más íntimo habla de una energía que no se apaga ni de noche; de una mente que repasa escenarios, discursos, estrategias incluso mientras descansa.

Esa fortaleza, que en otros momentos ha sido su motor, también ha levantado muros. Si algo define a Machado es su inusual capacidad de sostenerse en una línea sin importar cuán alto suba el costo. “Terquedad de principios”, la llaman algunos. Una estructura de carácter que parece hecha de la misma materia que construye a los mártires o a los héroes trágicos: esa que no se dobla, incluso cuando todo alrededor le exige ceder.

No negocia con grises. Para ella, la política no es el arte de lo posible, sino la herramienta para lo correcto. Hay en su discurso una claridad tajante, a veces incómoda, que ha generado admiración y desconfianza a partes iguales. Su estilo tiene algo de quirúrgico: no improvisa, no duda, no se dispersa. En ella, la fidelidad a los ideales no es una estrategia, es identidad.

María Corina fue educada en una familia de acero y palabra. Hija de un empresario siderúrgico y de una madre psicóloga —descendiente del escritor Eduardo Blanco—, creció en un entorno donde la excelencia era norma y la integridad obligación. De allí viene esa obstinación que la define: no como una estrategia política, sino como una forma de ser.

Tras la muerte de su padre, **Henrique Machado Zuloaga** —figura clave en su formación moral—, María Corina compartió palabras que condensan su vínculo profundo: “Papá, como todos los días de mi vida, le he dado gracias a Dios por haber coincidido contigo en tiempo y



María Corina Machado y Edmundo González Urrutia en Caracas el 30 de julio de 2024 / AFP

“María Corina Machado ya no es solo una dirigente: es el rostro de quienes eligieron no rendirse”

espacio”. Allí se funden lo íntimo y lo político, la hija y la líder, el dolor y la convicción. Su fortaleza no nace de la rabia, sino del amor: un amor transformado en fuerza de resistencia.

De la técnica a la convicción

Graduada como ingeniera industrial con honores en la UCAB, formada en el IESA y en Yale, su tránsito hacia lo público comenzó con un gesto humanista: fundar en 1992 la Fundación Atenea para niños vulnerables. Luego vendrían Súmate, el liderazgo parlamentario, la histórica frase a Chávez —“expropiar es robar”—, las inhabilitaciones, las amenazas, las detenciones de sus colaboradores, el exilio de su entorno. Pero ella permaneció.

Ha sido inhabilitada, perseguida, excluida, calumniada, y sigue de pie. Su terquedad ha terminado siendo también su forma de resistencia. Para sus seguidores, no se trata solo de una política, sino de una figura con dimensión simbólica: la mujer que nunca se rinde.

En octubre de 2023, arrasó en las primarias con más del 92% de los votos, a pesar de estar inhabilitada por el gobierno totalitario. Venezuela vivió entonces una campaña presidencial inusual: la figura más influyente no aparecía en la boleta. Al comprender que no podría inscribirse, transfirió su apoyo a **Edmundo González** con una disciplina poco común. Y no se replegó: lo acompañó por todo el país —en carro, tractor o barco— al frente de una **movilización nacional que culminó en la victoria del 28 de julio**. Fue su triunfo, aunque no llevara su nombre.

La mujer, la madre, la hija

Detrás del temple, hay una mujer que ha pagado un precio íntimo. Madre de tres hijos a quienes protege con el silencio, vive separada de ellos por seguridad. Su madre, de 84 años, ha sufrido el asedio policial. La familia que la formó —y que aún la sostiene espiritualmente— ha sido tam-

bién víctima del costo de esta lucha. Sin embargo, nunca ha permitido que el dolor opaque su voz.

La calma que precede al huracán

Hay una contradicción poderosa en María Corina Machado: no necesita gritar para conmover, ni dramatizar para movilizar, y sin embargo genera verdaderos terremotos políticos. En cada mitin habla como si se dirigiera a su propia familia —con un tono claro, directo, casi íntimo—, y aun así logra encender multitudes y estremecer estructuras.

Su liderazgo ha logrado quebrar el letargo opositor, alinear a grupos históricamente enfrentados y despertar una emoción largamente dormida en millones de venezolanos. En ella conviven la precisión del cálculo y una fe casi mística en la libertad.

Un símbolo que ya no pertenece solo a sí misma

Hoy, resguardada en algún lugar de su propio país —no por temor personal, sino por seguir dando la batalla— María Corina Machado continúa en la lucha por el rescate de la democracia. No dirige desde un podio, dirige desde el riesgo. Es la voz que el régimen no ha logrado apagar, el rostro que millones siguen buscando, la figura que logró despertar una identidad nacional adormecida.

Su vida, forjada en el hierro y templada en la adversidad, se ha entrelazado con la historia de un pueblo que se niega a rendirse. En esa coincidencia entre carácter y coyuntura, ha nacido una figura que no solo resiste, sino que representa. En una nación que se desmorona, ella decidió mantenerse en pie.

María Corina Machado ya no es solo una dirigente: es el rostro de quienes eligieron no rendirse, la certeza de que algunos sueños no mueren.

En un país acostumbrado a la estridencia y al poder que se impone con gritos, **Edmundo González Urrutia** llegó con voz baja y frente alta. Traía consigo una convicción tranquila, sostenida en la coherencia. Con lealtad a los valores democráticos, sin consignas ni gestos teatrales, encarnó el anhelo de millones: volver a vivir en democracia.

Venezuela en busca de su libertad

En 2024, Venezuela enfrentaba uno de sus momentos más oscuros. Las instituciones estaban secuestradas, el Estado de derecho había desaparecido, y la oposición era acorralada por inhabilitaciones arbitrarias. **María Corina Machado**, ganadora de las primarias, fue apartada sin derecho a defensa. También fue bloqueada **Corina Yoris**, su sustituta propuesta.

Ante ese escenario, el 19 de abril, la Mesa de la Unidad Democrática eligió a **Edmundo González** como candidato unitario. La fecha evocaba el primer grito de independencia de 1810. El gesto fue entendido como un signo por muchos venezolanos.

El candidato que encarnó la transición

“Acepté por Venezuela, no por mí”, dijo con serenidad. No vino a gritar, sino a persuadir; no a prometer, sino a inspirar. Su figura recordó que el liderazgo verdadero no impone, sino convence. Con el respaldo popular de Machado, no improvisó un liderazgo: lo encarnó. Fue el rostro civil de una transición postergada.

La Victoria: geografía del destino

Nació en La Victoria, estado Aragua, en 1949, en un hogar de respeto y discipli-

na. Su madre era maestra; su padre, comerciante. Desde niño se inclinó por los libros y el diálogo. Estudió en el Grupo Escolar Rubén Darío, donde su madre le enseñó historia, matemáticas y responsabilidad. Luego, en el liceo José Félix Ribas, descubrió la política como posibilidad de cambio.

Conserva amigos de infancia, aunque algunos ya no están. “Los llevo conmigo”, dice. La amistad, para él, no es compañía: es compromiso.

Desde la UCV hasta el mundo: la vida juntos

A los 17 años, se mudó a Caracas para estudiar Relaciones Internacionales. Poco después murió su padre, y su madre se trasladó con los hijos a la capital. En el edificio donde vivían conoció a Mercedes, estudiante de Odontología. La amistad se convirtió en un noviazgo de cinco años, y más tarde en un matrimonio que ha perdurado medio siglo. Se casaron cuando él trabajaba en la Embajada de Venezuela en Bruselas. Mercedes dejó su carrera para acompañarlo en la vida diplomática.

“Cuando uno se casa, como dice el cura, es para toda la vida”, comenta ella. “La vida hay que enfrentarla como vengas. Y no nos ha ido mal”.

Una vida al servicio de la diplomacia

Una vocación ganada a pulso. Construyó su carrera sin privilegios ni conexiones, ganándose cada paso por méritos propios. Ingresó por concurso al servicio exterior. **Hizo de la diplomacia un oficio riguroso y una forma de vida**. Representó a Venezuela en el mundo cuando eso aún significaba algo.

Fue embajador, consejero y director de política internacional. En El Salvador, la embajada fue blanco directo; en Argelia vivió bajo toque de queda; en Argentina enfrentó

Edmundo González Urrutia

una crisis institucional con cinco presidentes en once días. Representó a un país democrático, con errores, sí, pero con instituciones. Su voz era escuchada no por el tono, sino por el peso.

Un hombre común con una tarea histórica

Cuando le propusieron la candidatura, González no respondió de inmediato. Volvió a casa, con la prudencia de los hombres que piensan antes de hablar. Al llegar, miró a Mercedes y soltó una frase que todos hemos escuchado —y que más de uno ha temido—: “Tenemos que hablar”. Ella, lejos de alarmarse, lo escuchó con atención. Edmundo le explicó la propuesta con serenidad, como quien consulta lo importante con quien realmente importa. Mercedes lo miró y le dijo, sin titubeos: “Si tú aceptas, voy contigo”.

Hasta ese momento, llevaban una vida tranquila, tejida con afecto y rutinas compartidas. Más de 50 años de matrimonio, dos hijas: **Mariana**, la mayor, vive en Caracas y los hizo abuelos de un niño y una niña; **Carolina**, vive en España y tiene dos hijas.

Cuando la historia tocó a su puerta, salió no por ambición, sino por sentido del deber.

Presidente electo frente a la usurpación

El 28 de julio de 2024, ganó las elecciones con 7.443.584 votos frente a los 3.385.155 de **Nicolás Maduro**. Sin embargo, el CNE proclamó a Maduro como ganador. La oposición denunció el fraude. “Tenemos las actas. Edmundo ganó”, afirmó María Corina Machado. No era una consigna, eran pruebas. Venezuela habló claro. El régimen no escuchó.

Perseguido por ganar

Lo que debía ser una transición ordenada se convirtió en una fase de confrontación. Desde el poder, la respuesta fue amenazas, chantajes y persecución. Las presiones se incrementaron.

El dolor en el exilio

Salir del país no fue una elección, sino una necesidad. El gobierno español facilitó su salida de Venezuela, y él lo agradece. Pero la agresión no cesó en la distancia. El régimen lo golpeó a través de su yerno, **Rafael Tudares**, esposo de su hija Mariana, arrestado por hombres encapuchados frente a sus hijos.

Junto a Mercedes, acompaña a madres, esposas e hijos de presos políticos. “Lo nuestro es solo un caso entre muchos”, dice.

Esperanza y dignidad

Su alianza con Machado es firme. Juntos representan una llave democrática. Sin gestos grandilocuentes, Edmundo mantiene un estilo sereno: “No vengo a prometer milagros... vengo a recordarles algo: este país ha pasado por momentos duros, pero nunca se ha rendido. No estamos vencidos. Estamos de pie”.

“el que no levantó el puño, levantó la esperanza”

REPASO >> UNA JORNADA HISTÓRICA

La derrota que el régimen se niega a reconocer

Con la ayuda de la movilización y coordinación ciudadana, incluyendo el apoyo de los militares que resguardaban los centros electorales, la oposición venezolana logró obtener y publicar las actas de votación que demostraron el triunfo de Edmundo González Urrutia



Venezolana con actas en la mano / AFP

OMAR GONZÁLEZ MORENO

El 28 de julio de 2024, millones de venezolanos acudieron a las urnas con el corazón encendido, confiados en rescatar su país del abismo al que lo ha arrastrado Nicolás Maduro y sus cómplices.

Fue un día de coraje, de filas interminables bajo un sol abrasador, de miradas cargadas de fe.

Pero ese sueño, ese anhelo de un futuro libre, fue aplastado por un régimen sin escrúpulos.

Las elecciones presidenciales no fueron un ejercicio de democracia, sino un zarpazo brutal que arrancó la esperanza de una nación y dejó una herida abierta en la confianza del voto como herramienta para lograr el cambio.

Un pueblo que desafió al miedo

Ese día, más de 12 millones de venezolanos votaron, desafiando el hambre, la represión y el exilio que ha desangrado al país.

Con un registro electoral de 21.4 millones, el Consejo Nacional Electoral (CNE) reportó una participación del 59.97%, pero esta cifra oculta una verdad dolorosa: entre 3 y 4 millones de emigrantes no pudieron votar debido a las trabas burocráticas impuestas por el régimen en el exterior.

Cada voto fue un acto de resistencia, un desafío directo al régimen de Nicolás Maduro, que ha sumido a Venezuela en la miseria.

El proceso prometía transparencia con 16.025 centros de votación, máquinas electrónicas y actas en papel. Sin embargo, la realidad fue un campo de batalla.

Cientos de testigos de la oposición fueron bloqueados, la prensa fue silenciada y observadores internacionales, como los de la Unión Europea, por ejemplo, fueron expulsados por el CNE, liderado por Elvis Amoroso, un fiel aliado de Maduro.

El régimen no quería testigos de su farsa y giró instrucciones a sus seguidores civiles y militares para que no permitieran ningún tipo de verificación.

La verdad contra la mentira Confiados en que civiles y militares cumplirían sus instrucciones, prosiguieron con sus planes engañosos.

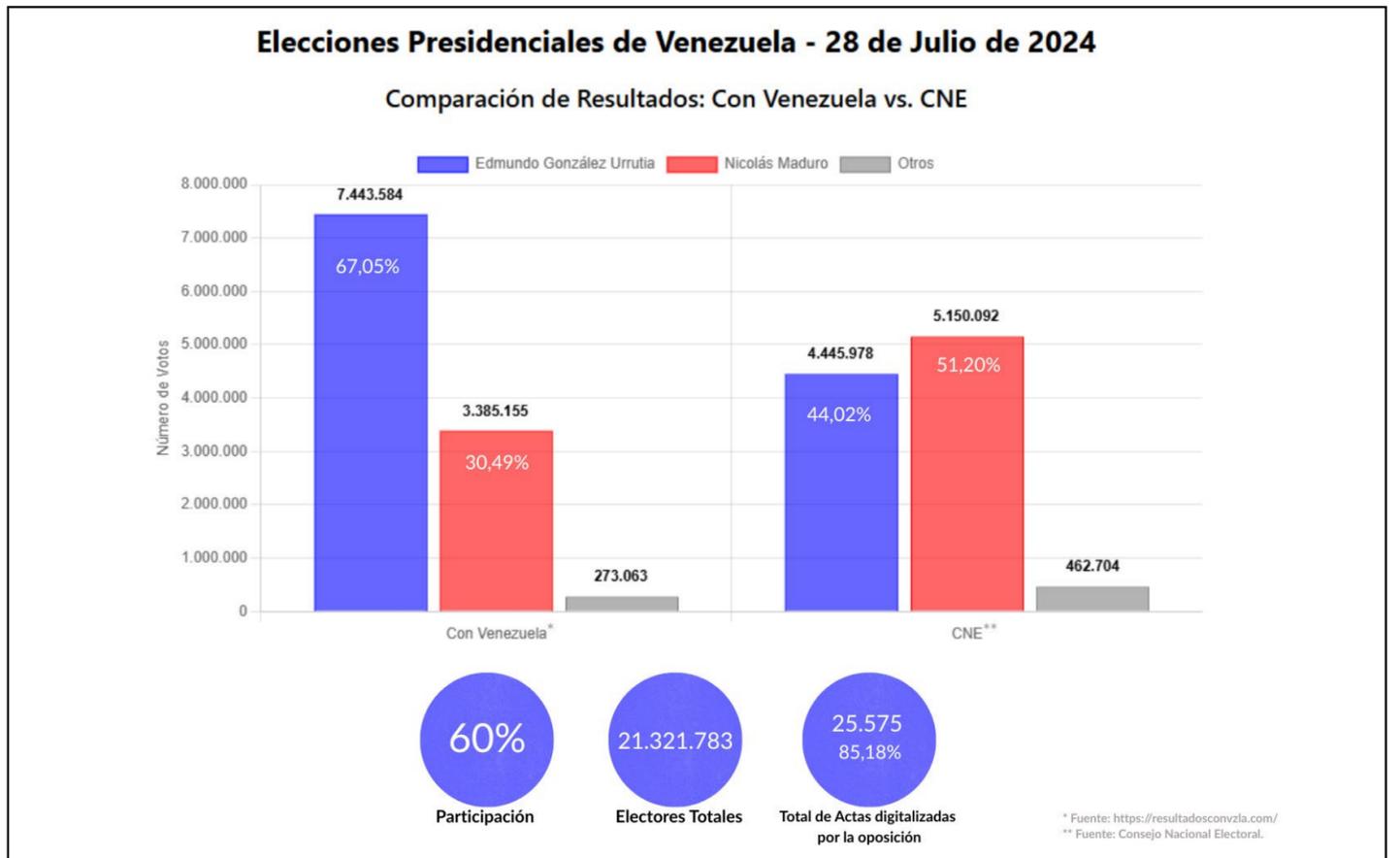
El CNE proclamó a Maduro ganador con un supuesto 51.95% (5.15 millones de votos) frente al 43.18% de Edmundo González, el candidato opositor (4.45 millones).

Pero esos números fueron solo una invención. El CNE no publicó actas ni datos desglosados por mesa, violando todas las normas de transparencia.

Amoroso justificó la opacidad con una excusa absurda: un supuesto "ataque cibernético" desde Macedonia del Norte, sin presentar pruebas.

Lo que nunca imaginaron es que la oposición, liderada por María Corina Machado y Edmundo González Urrutia, no se quedó de brazos cruzados.

En tiempo récord, compilaron el 85.18% de las actas electorales, que revelaron una verdad aplastante: Ed-



Un pueblo que no se rinde

El 28 de julio de 2024, Venezuela gritó su deseo de cambio. Cada voto fue un acto de valentía; cada acta, un testimonio de lucha. Pero Maduro respondió con lo único que sabe: mentiras, violencia y división.

A pesar del dolor, los venezolanos no se rinden. Las actas del 28 de julio son la voz de un pueblo que eligió a González Urrutia como su presidente legítimo.

La comunidad internacional sigue exigiendo justicia, y los venezolanos, dentro y fuera del país, mantienen la lucha. Están conscientes que un país no se construye con fraudes ni sangre, sino con el coraje de un pueblo que, contra todo, sigue soñando. ¡Venezuela no se rinde!

mundo González Urrutia arrasó con 7.4 millones de votos frente a los 3.3 millones de Maduro.

Estas actas, verificadas por el Centro Carter y expertos independientes, desnudaron así el inmenso fraude cometido.

Por si fuera poco, análisis estadísticos internacionales, avalados por reputadas instituciones especializadas y prestigiosas universidades, calificaron los resultados del CNE como "matemáticamente imposibles".

Represión criminal

El día siguiente de las votaciones, mientras el pueblo celebraba en las calles la victoria de Edmundo González Urrutia con el apoyo de María Corina Machado, el régimen respondió con sangre.

La respuesta de Maduro fue una ola de violencia brutal, que dejó como saldo 25 muertos, cientos de heridos y más de 1.300 detenciones arbitrarias, incluyendo a menores de edad.

Las calles, que vibraban con cacerolazos y banderas tricolores, se convirtieron en el escenario de una brutal represión por parte de agentes de los cuerpos de seguridad del Estado y de los llamados "colectivos", bandas paramilitares armadas por el régimen.

Familias lloraron a sus seres queridos, mientras el régimen intentaba sofocar la verdad con balas y terrorismo de Estado que sembraban el miedo.

El mundo clama justicia

El fraude de Maduro y sus cómplices desató una tormenta internacional.

Estados Unidos, a través del secretario de Estado Antony Blinken, afirmó que Edmundo González había sido el claro ganador y exigió la publicación de las actas.

Canadá y la Unión Europea también reconocieron la victoria de Edmundo González Urrutia con el decisivo apoyo de María Corina Machado.

Nueve países latinoamericanos —Argentina, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay— demandaron transparencia y una auditoría completa.

Panamá dio un paso más allá, cortando relaciones diplomáticas con Venezuela.

La Organización de Estados Americanos (OEA) rechazó los resultados, denunciando la falta de imparcialidad del CNE.

El Centro Carter y un panel de expertos de la ONU documentaron la represión brutal, incluyendo torturas y detenciones arbitrarias.

Sin embargo, los aliados de Maduro —Rusia, China, Irán y Camboya— reconocieron su falsa "victoria".

China prometió fortalecer los lazos, y Serbia agradeció el apoyo de Maduro contra el reconocimiento de Kosovo.

Estas divisiones reflejaron el aislamiento del régimen de Maduro en América y Europa, pero también su capacidad para tratar de mantener apoyos geopolíticos estratégicos.

La voz del pueblo

Las actas electorales en poder de la oposición, desde entonces, se transformaron en el arma más importante de esta lucha.

La oposición digitalizó y publicó más del 85.18% de ellas, permitiendo al mundo verificar la verdad mesa por mesa.

A pesar de que el régimen confiscó algunas actas y amenazó a testigos, las copias digitales, resguardadas por la oposición y verificadas internacionalmente, se han convertido en un símbolo de resistencia.

Las actas originales son la prueba irrefutable de que Venezuela eligió a Edmundo González Urrutia como presidente de la República.

Ruta de las actas

La oposición, liderada por María Corina Machado y Edmundo González Urrutia, que recopiló el 85,18% de las actas, digitalizándolas y publicándolas en el sitio web resultadosconvzla.com, demostraron así una victoria de González Urrutia con 7,4 millones de votos frente a los 3,3 millones de Nicolás Maduro.

Estas actas, validadas por observadores internacionales como el Centro Carter y la MOE Colombia, fueron presentadas en la OEA y entregadas al gobierno de Panamá para su resguardo, simbolizando la soberanía popular.

Mediante un complejo y meticuloso sistema de seguridad, María Corina Machado y sus aliados lograron sacar del país las actas originales que demostraban sin lugar a dudas el contundente triunfo obtenido por Edmundo González Urrutia en esas presidenciales.

Después de mostrarlas ante organismos internacionales como la OEA y la ONU, así como mandatarios y parlamentos de diversos países fueron depositadas para su resguardo en el Banco Central de Panamá, donde permanecen en sus bóvedas.

Por su parte, el Consejo Nacional Electoral (CNE), controlado por el chavismo, no publicó las actas, y solo emitió boletines con resultados agregados que daban a Maduro el 59,97% de los votos, considerados estadísticamente improbables y señalados como fraudulentos por expertos y la comunidad internacional.

La falta de publicación de las actas por parte del CNE, sumada a denuncias de represión y arrestos, intensificó la crisis política, con protestas masivas y un boicot opositor a posteriores elecciones.

ORGANIZACIÓN >> EL LIDERAZGO CON LA GENTE

El triunfo de la voluntad y la fuerza de la gente

La vocación democrática de los venezolanos contrasta con la mediocridad del régimen.

A pesar de las trabas, la victoria de Edmundo González Urrutia se hizo verdad en manos de la gente, descubriendo el fraude de la dictadura

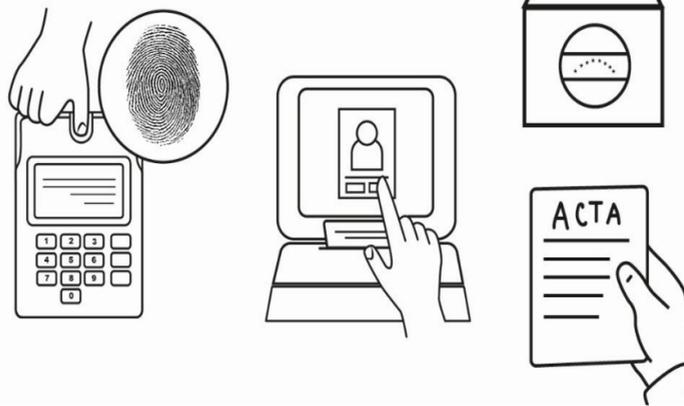
HUMBERTO VILLALOBOS

En un contexto de opresión, control institucional y un ambiente hostil marcado por el miedo, los venezolanos lograron una hazaña histórica el 28 de julio de 2024. La organización ciudadana, liderada por María Corina Machado y apoyada por un movimiento unificado de partidos políticos, gremios, militares y sociedad civil, demostró al mundo que la voluntad popular puede superar incluso las adversidades más extremas. Este artículo narra cómo a través de un plan estratégico, una estructura organizativa sin precedentes y una valentía inquebrantable, se logró documentar el triunfo electoral de Edmundo González Urrutia (EGU) con un 64% de los votos frente al 30% de Nicolás Maduro.

El punto de partida: las primarias democráticas
Todo comenzó con las primarias de las fuerzas democráticas. Un proceso llevado a cabo sin la intervención del Consejo Nacional Electoral (CNE). Estas elecciones internas, celebradas para seleccionar al candidato unitario de oposición, consolidaron a María Corina Machado como líder indiscutible con un 93% de los votos. Más allá de elegir a un candidato, las primarias validaron un modelo de organización basado en una estructura central que integraba de manera independiente, los esfuerzos de partidos políticos y estructuras de la sociedad civil. Este proceso no solo identificó a la candidata, sino que también permitió analizar las fortalezas y debilidades de la organización, sentando las bases para lo que vendría después: un plan estratégico capaz de desafiar al régimen en su propio terreno.

El plan 600K: la fuerza de la gente
El análisis de las primarias dio paso al diseño del plan estratégico electoral "600K". Un esfuerzo monumental que puso a la ciudadanía en el centro de la lucha. Este plan movilizó a 600,000 personas en cargos formales, además de incontables colaboradores informales, con un enfoque claro: ganar las elecciones en las mesas de votación. Se estableció una estructura de redes, acciones prioritarias y puntos de trabajo, que aseguraban la protección de la voluntad popular expresada en las urnas. El plan no solo organizó a los ciudadanos, sino que también cambió el enfoque tradicional de la oposición, para llevar a cabo la defensa del voto. En lugar de centrarse en publicidad, presencia en medios y dádivas populistas, se priorizó el contacto directo con la gente, la vigilancia y control de los centros, y en particular de cada mesa de votación. Este enfoque permitió una cobertura nacional del 98% de las 30.026 mesas de votación distribuidas en 15.263 centros electorales. Una hazaña organizativa sin precedentes en un país donde el régimen controla todas las instituciones del Estado.

Los "comanditos": una fuerza imparabable
Un elemento clave del plan fue la integración de María Corina Machado en la narrativa y ejecución de la defensa del voto a través de los "comanditos", pequeñas unidades organizadas de ciudadanos comprometidos con el cambio. Se creó una fuerza poderosa, orgánica y difícil de controlar para el régimen. Estos grupos, presentes en cada rincón del país, se convirtieron en la expresión natural de la necesidad de cambio. Su carácter



ter descentralizado y su capacidad de movilización los hicieron prácticamente intocables, incluso para un régimen que utiliza la represión como principal herramienta. Los "comanditos" no solo motivaron a la ciudadanía, sino que también sirvieron como una red de apoyo para las actividades formales de defensa del voto, donde testigos, miembros de mesa y voluntarios, todos capacitados y conscientes de sus responsabilidades, trabajaron en conjunto para garantizar que el proceso electoral fuera transparente y que los resultados reflejaran la voluntad de los ciudadanos.

El día de la elección: una maquinaria coordinada
El 28 de julio de 2024, la organización ciudadana se hizo sentir desde las primeras horas de la mañana. Los centros de votación estuvieron resguardados por una red de ciudadanos entrenados, apoyados por sistemas de seguimiento y control que proporcionaban asistencia en logística, seguridad y comunicaciones. Esta coordinación permitió atender en tiempo real, las eventualidades que se presentaron, asegurando que cada una de las 30.026 mesas estuvieran protegidas. El plan estratégico incluyó el uso de herramientas estadísticas, históricas y técnicas para garantizar resultados rápidos y confiables. A solo una hora de cerrado el proceso electoral, se obtuvieron los resultados de

una muestra significativa de mesas, *quick count*, suficiente para predecir el resultado con un 95% de confianza. A las cuatro horas, gracias a un sistema de escaneo de códigos QR y reportes de cada centro de votación, se recopilaron los resultados del 60% de las mesas. Finalmente, se trasladaron las actas físicas a centros de escaneo distribuidos estratégicamente en todo el país.

El poder de las actas y el código QR
El acta de votación del sistema electoral venezolano contaba con dos elementos claves de seguridad: el código QR y el código Hash.
El código QR, presente en cada acta de votación, permitía verificar rápidamente los resultados al ser escaneado. Por ejemplo, el acta del centro UED Madariaga, (disponible en https://static.resultadosconvzla.com/408106_205969_0184Acta0184.jpg) contiene un código QR, el cual, al ser escaneado, revela: centro, votos por candidato, votos nulos y votos vacíos. Este sistema permitió recopilar el resultado del 86.55% de las actas (25,990 de 30,026 mesas).

El código Hash. Un código alfanumérico de 64 caracteres
Este añade una capa adicional de seguridad, con una probabilidad de falsificación prácticamente nula (1 en 1.16×10^{77}). Con el escaneo de estos

dos códigos de las 25.524 actas, los resultados obtenidos por el equipo de la oposición son irrefutables. Este nivel de protección tecnológica fue crucial para demostrar la legitimidad del proceso. Es tan real el control que obtuvo la oposición en la votación del 28 de julio de 2024, que el régimen sintiéndose vulnerable, decidió eliminar el código QR de las actas, a partir de la elección del 25 de mayo.

La odisea de las actas físicas
Tras el proceso de escaneo, las actas físicas fueron trasladadas a centros de resguardo en todo el país. En operaciones logística de muy alto riesgo, un primer lote de actas fue llevado a un país cercano, desde donde se enviaron a Estados Unidos. El 2 de octubre de 2024, Jennie Lincoln, jefa de la misión del Centro Carter para la elección presidencial de Venezuela, presentó estas actas originales ante el Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos (OEA), en un acto que marcó un hito en la lucha por la transparencia electoral. El resto de las actas fueron enviadas a Panamá, donde se encuentran resguardadas en las bóvedas de su Banco Central.

El resultado: Un triunfo innegable, pero un desafío persistente
Los resultados fueron claros. Edmundo González Urrutia obtuvo el 64% de los votos, mientras que Nicolás Maduro alcanzó el 30%. A pesar de la evidencia irrefutable, el régimen de Maduro se mantiene en el poder mediante la fuerza, la represión y el miedo. Sin embargo, esto no disminuye la magnitud y el valor de la gesta que hasta el día de hoy sostienen millones de venezolanos dentro y fuera del país, los cuales se mantienen trabajando incansablemente para lograr la libertad.

Un reconocimiento especial merecen los presos políticos, quienes enfrentando enormes adversidades continúan firmes en resistencia.

escanee este código



(010102010.01.1.0001!83,1,3,4,3,2,1,3,1,0,0,2,11,1,0,0,0,1,0,0,0,0,0,0,1,0,0,0,3,0,2,1,0,10,12,293,1,3!0!0)
(Cod Centro.Cod Mesa.1.0001! votos candidato 1, votos candidato 2, votos candidato n ! votos nulos ! votos vacíos)

IVÁN LOZADA

En la madrugada del 29 de julio cuando María Corina Machado, desde un lugar no revelado en Caracas, observaba en tiempo real cómo un río de datos fluía hacia los servidores de respaldo. En sus pantallas, protegidas por conexión Starlink para evadir el bloqueo gubernamental, aparecían actas tras acta con sus códigos QR intactos. "Es irreversible", susurró a su equipo. En pocas horas, el mundo entero podría verificar lo que el Consejo Nacional Electoral se negaba a admitir: Edmundo González había ganado las elecciones presidenciales de Venezuela.

Lo que ocurrió ese 28 de julio de 2024 no tiene precedentes en la historia electoral latinoamericana. Por primera vez, la tecnología ciudadana superó al aparato de control estatal, convirtiendo cada teléfono celular en un arma de transparencia democrática y cada código QR en una prueba irrefutable.

Los 38 dígitos que cambiaron todo
El secreto estaba en algo aparentemente simple: un código QR impreso en cada acta de votación. Esos 38 dígitos codificados —nueve para identificar estado y centro, dos para la mesa, y el resto para los votos de cada

candidato— se convirtieron en lo que los expertos llamarían después "óráculos criptográficos": imposibles de falsificar masivamente porque cualquier alteración, por mínima que fuera, invalidaría el código completo.
"Era como si cada acta tuviera su propio ADN digital", explica un ingeniero del comando opositor que prefiere mantener el anonimato. "El gobierno podía bloquear internet, censurar medios, pero no podía cambiar retroactivamente miles de códigos QR ya fotografiados y distribuidos globalmente".

La red humana más grande de América Latina
El Plan 600K movilizó 648,000 testigos —los "comanditos"— en una operación logística sin precedentes. Cada uno tenía una misión clara: fotogra-

fiar el acta apenas se imprimiera y subirla inmediatamente. No eran hackers ni expertos en tecnología; eran ciudadanos comunes armados con la herramienta más poderosa del siglo XXI: un *smartphone*.

Cuando el gobierno comenzó a bloquear el sitio web ResultadosConvzla.com durante la tarde del 28 de julio, ya era demasiado tarde. Las primeras 10,000 actas habían sido respaldadas en servidores internacionales. Para la medianoche, eran más de 20,000. Al amanecer del 29, el portal mostraba 24,384 actas —el 81% del total nacional— con sus códigos QR perfectamente legibles.

Starlink: el plan B que se convirtió en salvavidas
Pero había un as bajo la manga que el gobierno no anticipó: 160 terminales

Starlink distribuidos estratégicamente por el país. Cuando CANTV, Movistar y Digitel comenzaron a throttlear o bloquear conexiones, estos dispositivos satelitales crearon autopistas digitales alternativas, especialmente desde zonas rurales donde el control gubernamental era más débil.

"Fue como abrir ventanas en una habitación que intentaban sellar", describe un coordinador técnico. Los datos fluían hacia el espacio y regresaban convertidos en verdad verificable, esquivando todos los cortafuegos terrestres.

El mundo como testigo
Lo que siguió fue una avalancha de verificaciones independientes. El *Washington Post* tomó muestras aleatorias y confirmó: los QR coincidían perfectamente con los totales

reportados. La Misión de Observación Electoral de Colombia realizó su propia auditoría técnica. El Centro Carter, ante el silencio del CNE que violaba todos los estándares internacionales, declaró las actas ciudadanas como la fuente primaria más confiable.

Para cuando VE sin Filtro documentó los patrones de censura digital postelectoral, la verdad ya era imparable. González había ganado por más de 11 puntos porcentuales.

El futuro llegó a Latinoamérica
El 28J venezolano demostró que en la era digital el poder de verificación ya no es monopolio del Estado. La combinación de criptografía accesible, redes ciudadanas y conectividad independiente creó un nuevo paradigma: la transparencia distribuida e incensurable.

Las lecciones son claras para toda América Latina: la próxima frontera de la democracia no está solo en las urnas, sino en los protocolos tecnológicos que las protegen. Venezuela, en medio de su tragedia política, le regaló al continente un manual de resistencia digital que resonará por décadas.

La batalla política continúa, pero la de los datos tiene un veredicto inapelable: la verdad, cuando está respaldada por tecnología ciudadana, siempre encuentra la manera de salir a la luz.

REFLEXIÓN >> (IN)JUSTICIA DENTRO Y FUERA DE VENEZUELA

El voto, resistencia del 28 de julio

Desde primeras horas del día, los venezolanos se organizaron en sus comunidades para resguardar los centros de votación y participar en la elección



Electores buscando sus nombres en las listas de los centros de votación / AFP

ASDRÚBAL AGUIAR

Se ha hecho hábito en las élites políticas practicantes del narcisismo digital y en los oficinantes de la política logrera en Venezuela, exigir el voto de los venezolanos como medio, dicen aquellos y estos, para que se preserve el espíritu ciudadano. Se trata, alegan, de cuidar los microespacios, en uno que otro municipio sustraído, como lo hacen creer, a la dictadura que allí domina desde hace 25 años, que de facto detenta al conjunto de los “poderes públicos”, y con la que cohabitan.

Lo real e inocultable, máxima de la experiencia es que, dentro del desmaterializado orden constitucional bolivariano, no solo por obra de la misma dictadura dejaron de existir los poderes locales, regionales o municipales. Todos perdieron sus autonomías tras la constituyente de 1999.

Ninguna autoridad local ha podido segregarse de ese cosmos despótico y la excepción se encuentra en la cárcel, el electo gobernador zuliano Juan Pablo Guanipa. Los que se dicen opositores, para peor, simulan ante sus votantes y les hacen ver que son parte de una élite gozosa de nichos de libertad, dentro del conjunto de un país sufriente y lapidado. Serían el anverso “opositor”, en una misma medalla, de la cohorte de beneficiarios del oficialismo, que muestran con impudicia grosera sus lujos y bogones ante un pueblo gravemente carenciado.

Y no venga a decirse, descontextualizando, que existen modelos o experiencias en las que las dictaduras más perversas del siglo XX al término abandonaron el poder desafiadas por el voto popular. Se manosea mucho la experiencia chilena. Se olvida que las transiciones en el Cono Sur fueron posibles solo cuando el sector civil le garantizó impunidad al mundo castrense con las llamadas leyes de Punto Final y Obediencia Debida. En Chile —me consta como testigo de excepción— la misma Fuerza Armada fue la que abrió juego, *motu proprio*, al considerar que era llegado a su término el periodo de excepción. Deseaban preservar a la institución castrense —cabe subrayarlo— del morbo de la corrupción. En Venezuela, tras el plebiscito de 1957, lo determinante en la caída de la dic-

tadura del general Pérez Jiménez fue la decisión militar que siguió a la crisis económica y social, una vez como Estados Unidos —gobernaba Dwight D. Eisenhower— decide eliminar, por razones de seguridad nacional, las importaciones de petróleo venezolano.

Pero vayamos a lo vertebral, es decir, al valor o disvalor del voto, según el marco dentro del que se le ejerza, a saber, votando y decidiendo, o votando, para simular que se decide.

Si valen y son necesarias las comparaciones o los paralelos para entender lo que es palmario y elemental, sírvanos decir que las dictaduras latinoamericanas del siglo XX eran institucionales. Se regían por un orden constitucional de facto, que no era democrático y violaba derechos humanos. El voto popular nunca determinó la formación del poder. Las satrapías del siglo XXI, antes bien, acceden al poder a través del voto para luego secuestrar los sistemas electorales y perpetuarse —forjando el derecho humano a la reelección— tal como lo demuestran los documentos del Foro de São Paulo. Transformaron al voto y al votante en objetos de explotación y consumo, degradándolo en su dignidad y a su derecho político de elegir y ser elegido, libremente. A la casa de la democracia, sin embargo, se ha de ingresar por la puerta principal y a la luz del día; no por atrás, en la oscuridad de la noche, como si la democracia fuese práctica de agiotismo o un coto de caza partidaria y municipal.

Lo primero de acotar es que, hasta mediados del siglo XX, votar era lo aspiracional democrático. Los gobiernos emergían de los cuarteles y eran ellos los que elegían, y las elecciones se volvían plebiscitos. Las elecciones durante la república civil y de partidos fueron entendidas como formas o como metodología para la formación y organización del poder que, a estos, al final, se les endosaba. La soberanía popular estaba tamizada, para su maduración y para que superase el estigma del gendarme necesario. Se expresaba bajo la guía o a través de los poderes constituidos y de la regla de la representación. El pueblo votaba, sí,

Declaración del Centro Carter sobre la elección en Venezuela

ATLANTA (30 de julio de 2024) — La elección presidencial de Venezuela de 2024 no se adecuó a parámetros y estándares internacionales de integridad electoral y no puede ser considerada como democrática.

pero al cabo decidían los partidos, y los poderes del Estado, a través de sus competencias, manifestaban y hacían realidad el mandato soberano.

La característica, en la experiencia de la Venezuela actual e incidente sobre el sentido del voto y su degradación como medio y expresión formal de la democracia, ha sido así la de la total desmaterialización constitucional. La deconstrucción de la cohesión social, a saber, la fractura de la conciencia de nación y de su unidad intelectual y afectiva han marchado en paralelo. La dictadura venezolana, al igual que la de Nicaragua, gobierna y se sostiene sobre la lógica de la desinstitucionalización del poder y de la dispersión celular y reticular de lo social, para profundizar la anomia y asegurarse la estabilidad del ejercicio de su poder despótico. Le basta respaldo de una comandita de rufianes.

Lo uno y lo otro, la elección por los cuarteles o la elección por los partidos, a despecho del nominalismo constitucional bolivariano y de su falsa prédica del protagonismo popular, sobreviven; pero como una simulación y bajo un régimen de la mentira. Esa simulación la sostuvieron las dictaduras de Hugo Chávez y de Maduro esperando doblegar o someter la resistencia de la opinión democrática liberal, venida desde atrás y para presentarse estos, entre tanto, como demócratas enmascarados —autoritarismos electivos les llama la izquierda progresista— ante el resto de las democracias occidentales, creyendo engañarlas.

De modo que, en ausencia cierta de garantías y ante la falta cabal de un

Estado de derecho, el ejercicio del voto resulta un acto fútil y banal, que degrada a la democracia; todavía más cuando se le hace fraude a la democracia parcelándola por localidades, como si eso fuese posible o como cuando —volvamos al caso de Venezuela— faltan totalmente en las elecciones relacionadas con el acceso al poder presidencial. 2015 fue el experimento fallido del voto formal en una república de utilería. 2018 fue la experiencia del voto resistencia, que desnudó a la dictadura haciéndola cesar en su engañifa contumaz, y para exponerla como lo que es ante el mundo, enajenándole complicidades.

Cuando el voto se transforma de tal modo en un acto de resistencia democráticamente pertinente, que desborda al propósito ingenieril de formar u organizar al poder republicano y sus espacios, ha de tener como propósito el señalado, a saber, desafiar al régimen de oprobio y represor imperante, como conjunto. Sobre todo, ha de tener como protagonistas a sus víctimas, a la población como expresión viva y envolvente de la soberanía popular. No se trata de un proceso formal que puedan contenerlo, como ejemplo, las organizaciones partidarias a la manera de correas de transmisión de los poderes constituidos de la república. Es un cometido intransferible de la nación y de su protagonismo.

El 28 de julio de 2024, el pueblo, esquilado por la república fraudulenta despertó de su onírico sueño y sobrepasó como maremoto al control dictatorial, militar y electoral, interpretado sabiamente por María Corina Machado. Logró sorprenderlo y separarlo, resistiéndolos. Protagonizó una

gesta constitutiva, con votos y con actas, constituyendo a Edmundo González Urrutia como presidente electo de la Venezuela democrática, hecha nación.

Me decía el expresidente Ramón Velásquez, en 1998, que la gente abandonó sus casas y se fue a la calle para no regresar. Y eso mismo, justamente, es lo que ha ocurrido, tras haber decidido, María Corina y Edmundo, volver a la fuente prístina de la democracia.

En otras palabras, la democracia, como forma de organización de la república, dejó de ser tal en Venezuela para transformarse a partir del 28 de julio en el derecho que tienen el pueblo y la nación —en línea con la Carta Democrática Interamericana— para decidir sobre esta y para sujetarla en sus comportamientos dictatoriales y desviaciones criminales. Ese logro es el que cabe defender hasta que se le reconozca, tarde o temprano; para que pueda reconstituirse la democracia como experiencia de vida, como forma cotidiana del espíritu ciudadano en Venezuela.

De modo que, si de votar se trata, hasta en los prostíbulos se vota. Allí con los candidatos o los electores que optan por banalizar sus propias dignidades personales y perder autoridad para luego reclamar se la respeten los ocupas del Palacio de Miraflores. El pueblo volverá a votar, afirman estos y a propósito de las elecciones municipales convocadas para este 27 de julio, pero no decidirá. La simulación quedó atrás. Decide, por lo pronto, el temor, en una Venezuela en la que, desembozadamente, se practica el terrorismo de Estado. Hasta que sea desalojado, por un *law enforcement*.

La Corte Interamericana de Derechos Humanos ha sido clara. El voto no vale ni existe, así se realice, allí en donde no opera con relación y de conjunto a los otros derechos humanos que le dan su textura: el derecho a la habilitación ciudadana, el derecho a la libertad de expresión y de prensa, el derecho de reunirse y de manifestar, de asociarse libremente para fines políticos y poder elegir, libremente, en elecciones transparentes y observadas. Votar es algo muy serio. Es un acto de reivindicación de nuestra condición racional y de nuestra autonomía de conciencia.



Venezolana con actas en la mano / AFP

DERECHO >> VENEZUELA ALZÓ SU VOZ Y DEBE SER ESCUCHADA

El grito de las actas: de la diplomacia a la libertad

"Nuestra nación posee el derecho —jurídico, histórico y moral— de recuperar su libertad. La prolongada ausencia de garantías constitucionales, el colapso institucional del sistema de justicia y la captura total del aparato electoral por parte del Ejecutivo, constituyen causas suficientes para exigir la activación de mecanismos internacionales de presión y respuesta"

LUIS MANUEL MARCANO SALAZAR

La libertad no es un privilegio otorgado ni una concesión negociable: es un derecho originario e inalienable de los pueblos. Ejercerla, incluso en contextos de adversidad extrema, constituye la forma más legítima de dignidad colectiva. En nuestro caso, como venezolanos, dicho derecho ha sido vulnerado sistemáticamente mediante mecanismos institucionales que simulan legalidad, pero consagran la usurpación del poder. La jornada del 28 de julio constituye un nuevo episodio —flagrantemente documentado— de esta deriva autoritaria. No se trata ya de conjeturas ni de denuncias sin fundamento: existen actas, cifras, testimonios y anomalías verificables que revelan una estructura de fraude electoral meticulosamente organizada. Frente a esta evidencia, los silencios diplomáticos y los tecnicismos jurídicos devienen en cómplices funcionales de una tragedia nacional.

La presentación de estas pruebas ante instancias multilaterales como la Organización de Estados Americanos (OEA) demuestra que los instrumentos formales de verificación han sido activados. Allí constan actas electorales adulteradas, informes sobre censura sistemática, inhabilitaciones arbitrarias, represión política y restricciones al sufragio. Sin embargo, el organismo no ha logrado emitir una condena unánime. Este estancamiento no responde a la falta de pruebas, sino a la persistencia de alianzas geopolíticas construidas al margen de los principios democráticos. El respaldo de ciertos Esta-



dos al régimen venezolano, especialmente del Caribe, se explica menos por convicciones ideológicas que por una red de intereses tejidos a través de favores energéticos, lealtades diplomáticas y mecanismos de presión económica.

A pesar de este apoyo residual, el régimen de Nicolás Maduro se encuentra en una situación de aislamiento creciente. Su legitimidad ha sido erosionada tanto por la evidencia empírica de su carácter autoritario como por el rechazo explícito de la mayoría de los sistemas democráticos del hemisferio. La represión documentada por organismos internacionales, como el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos

Humanos, no deja lugar a dudas: torturas, desapariciones forzadas, detenciones arbitrarias y ejecuciones extrajudiciales forman parte de una política sistemática de represión. No se trata de excesos aislados, sino de una arquitectura de poder fundada en la anulación de libertades fundamentales.

El derecho internacional no carece de herramientas para actuar ante estos escenarios. El principio de la responsabilidad de proteger —adoptado por consenso en el seno de Naciones Unidas— obliga a la comunidad internacional a intervenir cuando un Estado no garantiza la seguridad y dignidad de su población. Existen precedentes de acciones multilatera-

les en defensa de los derechos humanos cuando estos han sido violados de forma sistemática. La soberanía, en este marco, no puede invocarse como excusa para blindar crímenes de Estado. La protección de los derechos fundamentales no constituye una cuestión doméstica, sino un imperativo ético y jurídico de alcance universal.

Nuestra nación posee el derecho —jurídico, histórico y moral— de recuperar su libertad. La prolongada ausencia de garantías constitucionales, el colapso institucional del sistema de justicia y la captura total del aparato electoral por parte del Ejecutivo, constituyen causas suficientes para exigir la activación de mecanismos internacionales de presión y respuesta. No se trata de invocar la violación de las normas internacionales, sino de promover acciones legítimas, coordinadas y proporcionales en defensa de la democracia, que en última instancia se expresa en los hogares y en la vida de la gente decente.

La experiencia histórica ofrece precedentes que no deben ser ignorados. El desembarco en Normandía, el 6 de junio de 1944, no fue solamente un acto militar: fue una afirmación civilizatoria de que la libertad no puede ceder ante la tiranía. Aquel sacrificio colectivo se convirtió en un símbolo perdurable de resistencia ante el totalitarismo. Hoy, con la misma claridad moral de entonces, y por los medios que la justicia y la conciencia reclamen, corresponde a los venezolanos —y a los actores internacionales con responsabilidad histórica— sostener y defender los valores allí consagrados: la dignidad humana, el Estado de derecho y el rechazo firme al autoritarismo.

Aceptar elecciones fraudulentas bajo censura, represión y miedo es aceptar que la voluntad popular puede ser sustituida por la violencia institucional. Es legitimar un régimen que ha demostrado ser incompatible con los principios mínimos de democracia. No es esto un problema exclusivo de Venezuela; es una advertencia para todos los pueblos que aún creen en la legalidad como sal-

vaguarda frente al poder arbitrario. Si no hay consecuencias para quien destruye el orden constitucional, se envía un mensaje devastador: que la fuerza puede sustituir al derecho, que el crimen puede vestirse de legalidad y que la impunidad es posible cuando se cuenta con los aliados adecuados.

En este contexto, la comunidad internacional está llamada no solo a pronunciarse, sino a actuar. No se trata de caridad ni de paternalismo. Se trata de defender los fundamentos de un orden internacional que se pretende civilizado. Venezuela no requiere discursos vacíos ni promesas abstractas; necesita acciones concretas. Y si estas no llegan, corresponderá a los ciudadanos —dentro y fuera del país— asumir la responsabilidad histórica de sostener la lucha democrática, por difícil que sea, por aislada que parezca.

Venezuela no está sola mientras su pueblo mantenga la memoria, el sentido de justicia y el anhelo de libertad. Es a esa conciencia histórica a la que debemos fidelidad. A los que nos precedieron en la lucha, a nuestros hijos que merecen otra patria, y a todos los que han pagado con su vida el precio de un país secuestrado. La causa venezolana no exige compasión, exige coherencia y firmeza. No estamos ante una anomalía electoral: estamos ante la negación misma del contrato social. Y en ese escenario, la pasividad se transforma en complicidad.

El ejemplo de Normandía no fue la excepción: fue la regla de lo que debe hacerse cuando el mal se institucionaliza. Hoy, nuestra batalla no transcurre en playas extranjeras, sino en trincheras ciudadanas, en la firmeza de la denuncia, en la defensa jurídica, en la verdad que gritan las actas. Esa es nuestra lucha. Esa es nuestra responsabilidad. Y aunque el mundo no lo comprenda aún, Venezuela volverá a ser libre. No por azar ni por milagro, sino por la convicción imbatible de un pueblo que se niega a rendirse.

1. Director de Investigación y postgrado de la Universidad SEK-Chile. Doctor en Historia (UCAB) licenciado en historia, abogado, periodista CNP: 23.731

DICTADURA >> PERSECUCIÓN Y VIOLACIÓN DE DERECHOS HUMANOS

El costo humano del autoritarismo

Al poco de que la oposición comenzara a publicar las actas y denunciara el fraude, las protestas sacudieron el país. Maduro respondió con represión, dejando una veintena de asesinados y miles de detenidos

ALESSANDRO DI STASIO

1. Documentación de casos de represión sistemática. Análisis de métodos de control social y político.

Casi un año después de las elecciones presidenciales del 28 de julio de 2024, Venezuela experimenta una transformación represiva sin precedentes. Una que marca un punto de inflexión en los métodos de control utilizados por el gobierno de Nicolás Maduro, que ha optado por profundizar los ataques contra la disidencia, como la desaparición forzada de personas, según advierten organizaciones internacionales y analistas consultados por *El Nacional*.

Entre el 28 de julio y el 15 de junio de 2025, Amnistía Internacional ha documentado los casos de al menos 15 personas desaparecidas forzosamente. Es decir, personas que son detenidas por funcionarios de los servicios de seguridad del Estado y de quienes luego no se conoce información sobre su paradero ni estado de salud. Y no son casos aislados, de acuerdo con la ONG, que asegura que forma "parte de un ataque generalizado y sistemático contra la población civil en Venezuela".

Aunque las estrategias no son nuevas, y prácticas similares están siendo investigadas por la Corte Penal Internacional (CPI) por la posible co-

misión de delitos de lesa humanidad en Venezuela, la escala sí que ha cambiado exponencialmente desde la pasada elección presidencial que tuvo como ganador a Edmundo González Urrutia, según las actas de votación emitidas por las máquinas del Consejo Nacional Electoral (CNE) y luego publicadas por la oposición.

Los registros de la organización Foro Penal, por ejemplo, revelan que al menos 2.200 personas fueron detenidas ilegalmente tras el 28 de julio y que, muy posiblemente, cientos de ellas sufrieron desapariciones forzadas luego de que sus custodios (funcionarios de la GNB, Sebin y Dgcim) ocultaran sus paraderos. Entre esas personas se encuentran casos tan diversos como el de los ciudadanos que fueron apresados por enviar un mensaje de Whatsapp manifestando descontento sobre los resultados anunciados por el CNE, por grabar videos, por estar participando en protestas o cerca de estas, o por ser dirigentes opositores.

En ese sentido, la represión tiene un valor fundamental para el gobierno de Maduro: le ha servido para infundir terror en la población con el fin de paralizarla y mantenerla alejada de las actividades políticas. Esto, sin embargo, con el costo autoinfligido de tener que aumentar la gravedad



Vigilia / EFE

de los mecanismos represivos y, por ende, exponiéndose a nuevas potenciales sanciones e investigaciones por la violación masiva de derechos humanos en el país.

2. Impacto en la libertad de expresión y asociación

"Debido a la cruenta arremetida represora y a la aplicación de terrorismo de Estado, estamos viendo que ese rechazo no se traduce en un movimiento ciudadano por la liberación ni nada parecido. Y eso es totalmente comprensible. El venezolano, entendiendo que de momento un cambio político no se avizora, pareciera

haberse retirado a su fuero más privado, a su situación individual más inmediata, y sus principales preocupaciones han vuelto a ser económicas", dijo Alejandra Martínez Cánchica, historiadora especializada en estudios latinoamericanos.

Esta situación, en definitiva, ha dificultado enormemente la capacidad de acción de la dirigencia opositora, cuyos líderes se encuentran presos, en la clandestinidad o en el exilio, lo que les impide incidir a nivel público, movilizar a la ciudadanía y desarrollar estrategias.

En ese contexto, a juicio de Martínez Cánchica, existen tres lecciones

importantes. La primera, que la organización ciudadana desplegada el 28 de julio para defender el voto demuestra la existencia de una "fuerza colectiva que puede volver a activarse en otro momento". Una segunda, que muestra al gobierno de Maduro como "una tiranía en estado puro" que debe ser combatido con novedosos mecanismos de resistencia democrática. Y una tercera, referente a un momento geopolítico en el que la democracia liberal ha dejado de ser un factor de entendimiento entre naciones, "que ahora se decantan por relaciones internacionales más pragmáticas con un énfasis en la soberanía del Estado".

Venezuela: la mordaza al periodismo y la lucha por la verdad

EL NACIONAL

La libertad de expresión en Venezuela enfrenta una de sus etapas más críticas, una crisis profunda que ahoga la voz disidente y silencia la prensa independiente. La situación se ha deteriorado gravemente en los últimos años, con un impacto directo en la capacidad de los ciudadanos para informarse libremente. El periodismo se ejerce bajo constante amenaza y acoso.

El Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa (SNTIP) de Venezuela reporta una alarmante escalada de agresiones contra periodistas. Se contabilizan arrestos arbitrarios, amenazas y el cierre de medios de comunicación, generando un clima de autocensura. La persecución judicial se ha convertido en una herramienta recurrente contra quienes informan.

Periodistas tras las rejas: un grito de alerta

A la fecha del 16 de julio de 2025, el SNTIP exige la liberación de al menos 20 periodistas y trabajadores de medios injustamente encarcelados. Estos profesionales son víctimas de un patrón sistemático de represión, buscando desmovilizar la labor informativa. Sus casos son un reflejo de la precaria situación de los derechos humanos.

La cifra no solo incluye a periodistas de carrera, sino también a colaboradores y activistas. Muchos enfrentan procesos judiciales prolongados, sin garantías de un juicio justo. Sus condiciones de salud a menudo se deterioran en prisión, añadiendo una capa de preocupación a su ya difícil situación.

Un panorama de asfíxia informativa

Organizaciones internacionales como Reporteros Sin Fronteras (RSF) y el Instituto Prensa y Sociedad Venezuela (IPYS Venezuela) respaldan el preocupante panorama. RSF clasifica a Venezuela entre los países con mayor represión de la prensa, denunciando la falta de pluralismo informativo. La información veraz escasea.

IPYS Venezuela documenta cierres de me-



dios, bloqueos de sitios web y la criminalización del trabajo periodístico. Señalan un aumento de las detenciones arbitrarias y la imposición de cargos infundados. El objetivo es claro: controlar el flujo de información y evitar la crítica.

La resistencia de la prensa libre

A pesar de las adversidades, los periodistas venezolanos continúan su labor, desafiando el miedo y la censura. Utilizan redes sociales y plataformas alternativas para difundir información, buscando romper el cerco comunicacional. Su resiliencia es admirable frente a un Estado represivo.

La comunidad internacional y las organizaciones de derechos humanos mantienen la presión sobre el gobierno venezolano. Exigen el respeto a la libertad de prensa y la liberación inmediata de todos los periodistas presos. La lucha por la verdad y la información sigue siendo un pilar fundamental.

La siguiente lista incluye nombres de periodistas y trabajadores de la prensa cuya liberación ha sido exigida por el SNTIP y otras organizaciones, con base en la información más reciente de julio de 2025. Es importante señalar que las situaciones pueden ser dinámicas.

Luis López: periodista (más de 60 años, hi-

pertensión arterial).

Ismael Gabriel González / Gabriel González: colaborador de medios/político (imputado por incitación al odio y asociación para delinquir).

Yuosnel Alvarado: fotoperiodista (posiblemente excarcelado con restricciones, información sujeta a confirmación).

José Gregorio Camero: trabajador de prensa (problemas de salud graves: síndrome coronario agudo y lesión coronaria oclusiva).

Eleángel Navas: administrador de redes sociales (excarcelado pero bajo investigación y con restricciones).

Gilberto Reina: trabajador de prensa (problemas cardíacos, posiblemente excarcelado con restricciones).

Ana Carolina Guaita: trabajadora de medios (posiblemente excarcelada con restricciones).

Rory Branker: periodista (detenido sin reconocimiento oficial de su paradero).

Carlos Marcano: detenido el 23 de mayo de 2025.

Nakary Ramos: detenida el 8 de abril de 2025.

Gianni González: detenido el 8 de abril de 2025.

Juan Alvarado: detenido el 20 de marzo de 2025.

Julio Balza: detenido el 9 de enero de 2025.

Leandro Palmar: detenido el 9 de enero de 2025.

Salvador Cubillán: detenido el 9 de enero de 2025.

Ángel Godoy: detenido el 8 de enero de 2025.

Ramón Centeno: detenido el 2 de febrero de 2025.

Carlos Julio Rojas: detenido el 15 de abril de 2024.

Victor Hugas: detenido el 18 de agosto de 2024.

Roland Carreño: cronista social (detenido el 2 de agosto de 2024).

Biagio Pilieri: detenido el 24 de agosto de 2024.

Presos políticos en Venezuela: castigo, silencio y violaciones sistemáticas

Estas violaciones no solo vulneran derechos fundamentales: infringen tratados internacionales firmados por Venezuela y configuran crímenes de Estado. Su práctica sistemática expone al régimen a responsabilidades ante organismos como la CIDH, la Corte Interamericana y la Corte Penal Internacional.

Violaciones más frecuentes:

Detención arbitraria y desaparición forzada: Entre enero y julio de 2024, al menos 50 opositores fueron detenidos sin orden judicial. Entre ellos, la defensora Rocío San Miguel. Tras el 28 de julio, 2.229 personas fueron detenidas por protestar, incluidos 177 niños y niñas.

Incomunicación prolongada:

Familias no reciben información oficial del lugar de reclusión. En muchos casos, se enteran por terceros o por llamadas del Sebin solicitando medicinas o ropa.

Represalias contra familiares:

Visitas bloqueadas, maltratos verbales y físicos. Las mujeres familiares son sometidas a requisas invasivas y humillaciones.

Prohibición de defensa legal:

A varios detenidos se les niega el derecho a contar con abogados de su confianza, violando principios básicos del debido proceso.

Privación de atención médica:

En muchos casos, el personal carcelario impide deliberadamente el acceso a medicamentos o atención médica urgente. Casos destacados: Freddy Superlano, Perkins Rocha, Américo De Grazia.

ENSAYO >> DESMONTAJE DE LA DEMOCRACIA Y EL PODER JUDICIAL

Sobre la destrucción del Estado de derecho y la imposibilidad de que pueda haber elecciones de democracia representativa

ALLAN R. BREWER-CARIAS

Hablar de elecciones en el mundo contemporáneo es hablar de democracia representativa, pero a la vez, hablar de democracia representativa es hablar de Estado de derecho, y adicionalmente, hablar de Estado de derecho es hablar de control del ejercicio del poder, particularmente a cargo de jueces autónomos e independientes, pues en definitiva son estos los que pueden asegurar que se cumplan los cometidos esenciales de dicho Estado de derecho, que son —no hay que olvidarlo—: la preservación de la supremacía constitucional; el aseguramiento del respeto a la soberanía popular; la preservación de la separación de poderes; el aseguramiento de la sumisión a la legalidad de todos los poderes del Estado; la garantía de los derechos fundamentales de las personas e impartir justicia en los conflictos sometidos a su decisión; y asegurar el control de las actuaciones del Estado y la Administración en sus relaciones con los ciudadanos.

En otros términos, para que pueda existir un Estado de derecho, en el mismo tiene que estar asegurada la separación y la independencia de los poderes públicos, pues sin control del poder, en definitiva no pueden tener vigencia ninguno de los elementos y componentes esenciales de la democracia como los define la Carta Democrática Interamericana, es decir, no puede haber verdaderas elecciones libres, justas y confiables; no puede haber pluralismo político, ni acceso al poder conforme a la Constitución; no puede haber efectiva participación en la gestión de los asuntos públicos, ni transparencia administrativa en el ejercicio del gobierno, ni rendición de cuentas por parte de los gobernantes; en fin, no puede haber sumisión efectiva del gobierno a la Constitución y las leyes, así como subordinación de los militares al gobierno civil; no puede haber efectivo acceso a la justicia; y real y efectiva garantía de respeto a los derechos humanos, incluyendo la libertad de expresión y los derechos sociales.

Es, por tanto, en ese marco general del Estado de derecho, donde puede llevarse a cabo la elección popular de los representantes del pueblo, mediante el ejercicio del sufragio universal, directo y secreto por parte de los electores ciudadanos, por lo que, si ese marco general se rompe o se destruye, no hay forma alguna de que pueda haber elecciones justas, libres, confiables y verificables.

Esa es la situación en la cual nos encontramos en Venezuela, precisamente después de veinticinco años de destrucción sistemática y continua de todos los componentes del Estado democrático de derecho lo que hace que, en la actualidad, sea completamente imposible que pueda haber dichas elecciones libres, justas y confiables, basadas en el sufragio universal, directo y secreto.

Ese proceso de desmantelamiento de la democracia, desde adentro y por dentro, si inició en Venezuela, cuando ante una democracia en crisis y desamparada, abandonada por el liderazgo que la construyó durante cuatro décadas, Hugo Chávez Frías, un exmilitar que había intentado dar un golpe militar en 1992, siete años después logró su objetivo de asaltar el poder, pero mediante la convocatoria de una Asamblea Constituyente no prevista en la Constitución entonces vigente, con la cual, ante irresponsables aplausos generales, arrasó con todas las instituciones del Estado democrático de derecho, comenzando, evidentemente, con el asalto al Poder Judicial.

Y fue precisamente la intervención del Poder Judicial la primera medida que la Asamblea Constituyente adoptó en agosto de 1999, procediendo a decretar la remoción de la casi totalidad de los jueces del país, violando la garantía de la independencia judicial.

Lamentablemente, en aquel entonces, la marea constituyente arropó hasta a la Corte Suprema de Justicia, la cual se sometió a sus designios, destituyendo a los jueces sin garantía alguna de debido proceso, llenándose la judicatura con jueces provisorios y temporales, sin estabilidad alguna y sometidos al poder político. Para asegurar ese control político, se le atribuyó al Tribunal Supremo la administración del sistema de justicia, y bastó con que el Poder Ejecutivo controlara a sus magistrados, mediante inconstitucionales nombramientos, para que esa siga siendo la situación actual, 25

años después, asegurándose así que los jueces no tienen ni independencia ni autonomía.

En ese marco, la justicia llegó a su fin en Venezuela, habiendo asumido el Tribunal Supremo, particularmente su Sala Constitucional, ya sometida al control del poder, no el rol que la Constitución le asigna para ejercer con poderosísimos instrumentos el control de constitucionalidad de las leyes y demás actos estatales, sino el rol protagónico de ser nada más ni nada menos que el instrumento del autoritarismo para impedir que la Constitución pudiera tener total vigencia; para ilegítimamente mutar su contenido, sin límites; para desmantelar todas las instituciones del Estado democrático, y para impedir que pueda haber elecciones justas, limpias y confiables.

Una trágica manifestación de ese control político del Poder Judicial fue, por ejemplo, el arrebato efectuado por la Sala Constitucional del Tribunal Supremo, ya controlado políticamente, de las competencias de la jurisdicción electoral para impedir, en 2003, que se pudiera realizar un referendo revocatorio del entonces presidente Hugo Chávez, y el secuestro, al año siguiente en 2004, por parte de la misma Sala Constitucional, del Poder Electoral, es decir, del Consejo Nacional Electoral, nombrando sus rectores, usurpando las funciones que le correspondían a la Asamblea Nacional donde el gobierno aún no había manipulado para lograr mayoría calificada.

El cuadro resultante, en general, ha sido patético, en gran parte pintado por jueces políticamente controlados, entre los cuales se destaca, en primer lugar, como he indicado, al Tribunal Supremo y su Sala Constitucional, que en los últimos lustros se ha dedicado a transformar lo inconstitucional en constitucional, falseando y mutando ilegítima y fraudulentamente las normas constitucionales, para “legitimar” y soportar la estructuración progresiva de un Estado autoritario.

Lo que ha ocurrido en Venezuela no es ciencia ficción, es una patética realidad institucional producto de una Sala Constitucional que, por ejemplo, ha cambiado el régimen de competencias de los estados de la federación; ha impedido la realización de referendos revocatorios del mandato del presidente, convirtiendo incluso el que está regulado en la Constitución en un “referendo ratificatorio”, que no existe; ha eliminado la prohibición constitucional de financiamiento público de los partidos políticos, en beneficio del partido de gobierno ya imbricado en la estructura del Estado; ha eliminado el rango supraconstitucional de los tratados internacionales en materia de derechos humanos; ha instado al Poder Ejecutivo a denunciar la Convención Americana de Derechos Humanos, lo que en efecto ocurrió en 2012; ha renun-

“
en Venezuela, si sigue el régimen autoritario actual, y se aprueba la reforma constitucional que se está preparando, en el futuro ya no habrá más elecciones democráticas”

“la justicia llegó a su fin en Venezuela, habiendo asumido el Tribunal Supremo, particularmente su Sala Constitucional, ya sometida al control del poder (...) el rol protagónico de ser nada más ni nada menos que el instrumento del autoritarismo”

ciado a ejercer el control de constitucionalidad de las leyes creando el Estado comunal o del Poder Popular en paralelo al Estado Constitucional, en las cuales se ha eliminado inconstitucionalmente el sufragio universal, directo y secreto para la elección de sus miembros; ha declarado la inejecutabilidad en el país de las sentencias de la Corte Interamericana de Derechos Humanos en contra del Estado venezolano; ha eliminado el principio constitucional pétreo de la alternabilidad republicana, estableciendo la reelección indefinida; ha eliminado la democracia representativa en la elección de juntas parroquiales, y como dije, en la designación de los “voceros” del llamado Estado del Poder Popular o Estado comunal; ha avalado la imposición de inhabilitaciones políticas contra exdiputados y exfuncionarios por parte de un órgano administrativo como la Contraloría General de la República, y sin garantía alguna del debido proceso, impidiendo su participación como candidatos en elecciones; ha decretado la clausura, intervención y secuestro de los partidos políticos de oposición, nombrado sus nuevos directivos pero con personas afectas al gobierno; ha limitado el ejercicio del derecho a manifestar por parte de los ciudadanos, exigiendo permisos no establecidos en la Constitución; ha revocado el mandato popular de diputados y de alcaldes electos, cuando ello solo lo puede hacer el pueblo mediante referendo; ha eliminado la consulta popular de las leyes y decretos leyes establecidas en la Constitución como manifestación de la democracia participativa; ha sofocado al Poder Legislativo a partir de 2016, declarando a la Asamblea Nacional como institución “en desacato”, anulando todos, absolutamente todos sus actos y leyes, incluso los futuros y eliminando sus poderes de control sobre el gobierno y la Administración; e incluso, la Sala Constitucional ha asumido “de pleno derecho”, o sea ha usurpando plenamente la totalidad de las funciones de la Asamblea Nacional.

En fin, puede decirse que, con la intervención política del Poder Judicial, y la pérdida de su autonomía e independencia, lo que se logró en Venezuela fue precisamente la instauración de una “dictadura judicial”, cuya última manifestación, de la cual el mundo entero fue testigo, fue el secuestro de los resultados de la elección presidencial realizada en Venezuela el 28 de julio de 2024, usurpando las funciones del Poder Electoral, para desconocer el triunfo abrumador y universalmente conocido y aceptado del candidato de la oposición.

Esas elecciones fueron un claro ejemplo, para los venezolanos y el mundo entero, de la ejecución de todas las tropelías imaginables realizadas por parte del Estado y sus agentes para impedir que pudiera haber un triunfo de la oposición.

Se sabía por todos y, por supuesto, por el gobierno, que este triunfo de la oposición era inevitable si la elección se dejaba discurrir como democrática, libre, justa, transparente y verificable, por lo que desde el Estado, sus agentes, hizo todo lo posible para impedirlo, produciéndose así, entre otros, como dije, el secuestro de los principales partidos políticos de la oposición; la inhabilitación política de sus principales líderes para impedir las candidaturas de quienes tenían probadas opciones de triunfo, como fue el caso de María Corina Machado; la detención y desaparición forzosa y arbitraria de muchos de sus dirigentes; y la desaparición efectiva de la imagen de todos los líderes opositores de todos los medios de comunicación escritos y audiovisuales, los cuales fueron monopolizados por el candidato del gobierno.

De esta forma, el proceso electoral de 2024, después de la experiencia del referendo consultivo sobre la cuestión del Esequibo celebrado a finales de 2023, cuya opacidad quedó evidenciada en el hecho de que sus resultados de vota-

ción nunca se supieron, era evidente que podía considerarse, como lo expresé antes de su realización, como “el proceso electoral en el cual menos garantías ha habido para que pueda considerarse una elección libre, justa, transparente, plural, verificable y auditable, conforme a los más elementales estándares democráticos”.

Y solo fue el gran y extraordinario esfuerzo de coordinación, organización y movilización en defensa del voto que motorizó la oposición democrática liderada por María Corina Machado y su equipo, que actuando con absoluta transparencia, y gracias a la presencia de casi 90.000 testigos de mesa de la oposición en los centros de votación, y a la valentía y espíritu democrático que tuvieron para reunir copias en papel de más del 80% de las actas electorales certificadas expedidas por las máquinas de votación, y escanearlas, registrarlas, digitalizarlas y publicarlas en internet horas después del cierre de la votación, que el mundo pudo tener acceso a los resultados reales del proceso electoral. Frente a lo cual, y en burla a esa realidad, el Consejo Nacional Electoral dio unos resultados, que nadie creyó, sin respaldo probatorio alguno, que fue lo que luego encubrió el Tribunal Supremo de Justicia controlado.

De toda esa experiencia, resulta entonces claro, en mi criterio, que en Venezuela ya no podrá haber otras elecciones en las cuales la oposición pueda participar. Ya el régimen sabe, y lo sabe bien, que nunca más podrá ganar una elección democrática, por lo que las elecciones que se han realizado después del 28 de julio de 2024 y las que realicen en el futuro estarán total, pero totalmente controladas y amañadas, incluso de antemano con la escogencia anticipada de los candidatos a competir, como ocurrió con las elecciones para diputados a la Asamblea Nacional y para gobernadores realizadas hace unos meses y como está ocurriendo con las anunciadas elecciones para alcaldes y demás autoridades municipales, y a las cuales, con toda razón, la oposición democrática no ha participado ni participará.

Pero hay otra votación en puertas en un futuro próximo. No debemos dejar de mencionar que el gobierno anunció que procederá a aprobar un proyecto de reforma constitucional por la Asamblea Nacional que controlan en su integralidad, precisamente para acabar definitivamente con la democracia representativa, eliminando de la Constitución todo lo que estorba al autoritarismo, como es precisamente la elección mediante sufragio universal, directo y secreto, sustituyéndola por una supuesta democracia directa, consecuencia de la constitucionalización del inconstitucional Estado comunal o del Poder Popular, basado en supuestas elecciones a mano alzada en asambleas de ciudadanos controladas por el partido de gobierno seguidas de elecciones indirectas realizadas en la misma forma hasta los niveles nacionales.

Lo grave, ahora, es que esa reforma constitucional ya anunciada, sobre la cual —lo digo con asombro— la oposición democrática sigue sin pronunciarse ni denunciarla, va a ser sometida a referendo probatorio, pero con la seguridad de que ya no podrá ocurrir lo que sucedió en 2007 cuando una reforma constitucional similar fue rechazada por el pueblo, sino que ocurrirá lo que sucedió con el referendo consultivo sobre el Territorio Esequibo de diciembre de 2023, y la elección reciente de los diputados, en las cuales, aun cuando nadie fue a votar, anunciaron haber sacado más de diez millones de votos aprobando las preguntas respectivas.

En fin, y para concluir esta breve aproximación a nuestra problemática política, puede decirse que en Venezuela, si sigue el régimen autoritario actual, y se aprueba la reforma constitucional que se está preparando, en el futuro ya no habrá más elecciones democráticas representativas.

COYUNTURAS >> LOS SENDEROS IMPREVISTOS DEL CAMBIO POLÍTICO

Pronóstico político y libre albedrío

“En diversas ocasiones ha sucedido que la derrota electoral de un régimen autocrático conlleva una caída que no se produce de inmediato”

MIGUEL ÁNGEL MARTÍNEZ MEUCCI

¿Cuándo cae un régimen autocrático? ¿Cuándo se inicia una transición a la democracia? Preguntas como estas no solo le rompen la cabeza a los politólogos sino que, sobre todo, reflejan la preocupación existencial de millones y millones de personas que (mal)viven bajo el yugo de las autocracias. Para el ciudadano común, estas interrogantes no son fruto de la curiosidad científica, sino que expresan la ansiedad existencial de quien no sabe qué esperar del futuro.

Por eso importa el modo de abordarlas, así como la manera en que intentamos responderlas. La aspiración de la ciencia, por lo general, es la de detectar regularidades en el desarrollo de los acontecimientos, para dilucidar así las causas que los generan. En otras palabras, la ciencia procura encontrar “relaciones causa-efecto”. Esto suele funcionar en el ámbito de las ciencias naturales, pero las cosas son bastante más complejas en el plano de las ciencias sociales.

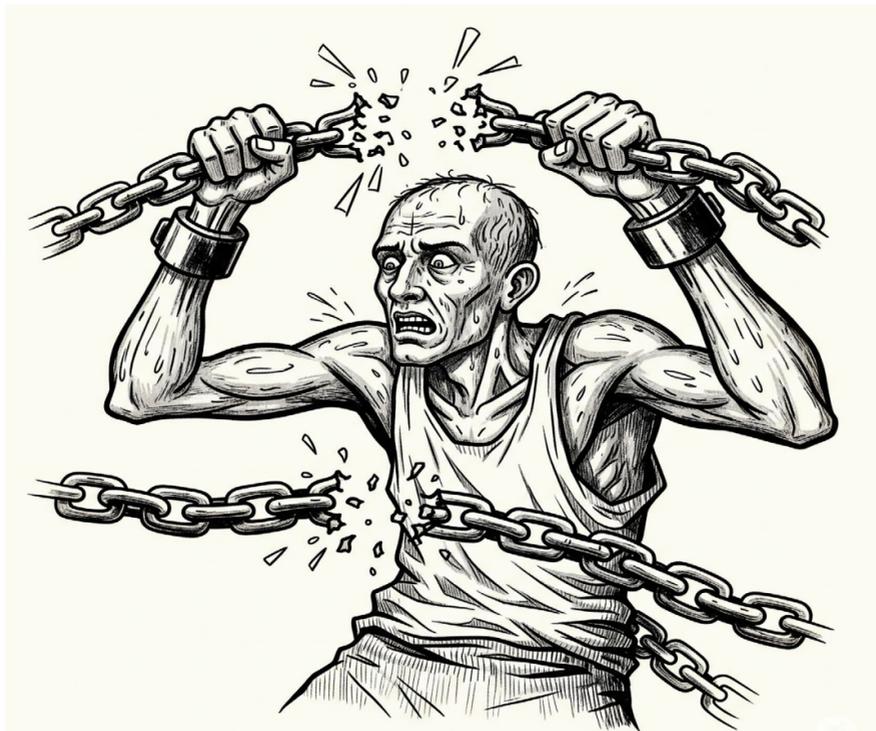
Cuando se trata de los seres humanos, por más que estudiemos y teorizamos, la realidad se empeña una y otra vez en discurrir por senderos imprevistos, y en los momentos menos pensados. La raíz de esta imprevisibilidad radica en el libre albedrío, esa facultad particular de la que, entre todas las especies animales conocidas, solo parece estar dotado el ser humano. Gracias a ella, en cualquier momento podemos tomar la decisión de hacer algo inusual, insólito..., e incluso lo que originalmente considerábamos “imposible”.

A eso se refería Hannah Arendt cuando decía que si hay un ámbito en el que son posibles los “milagros”, ese es el de la política. Porque es allí donde confluyen e interactúan las decisiones de miles, millones de personas que en cualquier momento pueden cambiar de opinión. A eso se refería también, por ejemplo, el presidente Luis Herrera Campins cuando decía que “los militares siempre son leales..., hasta que se alzan”. En otras palabras, los actores políticos (*agency*) juegan un papel central, ya que con su determinación pueden cambiar súbitamente el rumbo de las cosas.

Los límites de la coacción

Todo régimen político se sostiene sobre algún tipo de respaldo popular, así como también en su capacidad para ejercer la violencia. Mientras mayor es el respaldo de la población, más legítimo es el gobierno, menos le cuesta cumplir la ley y menor es su necesidad de ejercer la violencia para mantenerse en el poder. Lo más difícil que hay en política es sostenerse únicamente por la violencia.

En las democracias modernas, que son de



corte liberal y representativo, la legitimidad necesaria para gobernar se alcanza y verifica siempre por la vía electoral. Existen otros mecanismos que evidencian de alguna manera el respaldo popular (marchas, concentraciones, etc.), pero solo las elecciones revisten un carácter constitucional, legal, abierto, exhaustivo y verificable.

Por esa razón no existen hoy democracias dignas de tal nombre que no realicen elecciones. Estas son el mecanismo más claro para conocer de verdad cuántas personas respaldan a un gobierno. Mientras la democracia necesita conocer periódicamente esa verdad para conservar su vigencia, las autocracias necesitan encubrir la cuando ya no son suficientemente populares.

Por eso cada vez son más las autocracias que realizan elecciones, sean estas legítimas o amañadas: porque la apariencia de legitimidad importa. Los regímenes autocráticos del siglo XXI han comprobado que es mucho más fácil alcanzar y mantener el poder si pueden (o parece que pueden) recabar un gran respaldo en las urnas, en vez de ejercer la violencia pura y dura contra la disidencia política. Incluso cuando carecen de suficiente respaldo ciudadano, las autocracias de hoy procuran amañar elecciones en vez de impedir las.

Ahora bien, esa preferencia de las autocracias actuales por la realización de elecciones es un reconocimiento tácito de que el poder es mucho más firme cuando se sustenta (o parece sustentarse) en una mayoría ciudadana. Por tal razón, la evidencia súbita y masiva de que ese respaldo ciudadano no existe constituye un gran cataclismo para una autocracia, ya que esto solo le deja abierta la vía más difícil y costosa para sostenerse en el poder: la coacción masiva y continua de la mayoría.

Elecciones como catalizadoras del cambio

En política todo sucede como resultado de mi-

llones de interacciones entre seres humanos dotados de libre albedrío. Por eso jamás podremos saber cuál es la combinación específica de decisiones y comportamientos individuales y colectivos que propiciarán la caída de una autocracia y el inicio de una transición a la democracia. Lo más probable es que suceda, en todo caso, cuando se alcance una “masa crítica” suficiente, y cuando un número necesario de personas clave logren actuar concertadamente para romper la inercia autoritaria e impulsar grandes cambios.

Cuando se alcanzan esos números, y cuando la gran mayoría de los ciudadanos están en contra de un régimen político, las probabilidades de que el resultado de sus interacciones se oriente hacia un cambio se multiplican exponencialmente. O, dicho de otra manera: el rechazo masivo hacia un régimen injusto (por su mal desempeño económico, rechazo masivo a sus políticas, desilusión, etc.) se convierte en un factor estructural que opera como un mar de leva, moviendo las cosas de forma imprevisible en una dirección cada vez más difícil de detener por parte de los actores políticos.

El uso mismo de la violencia pierde eficacia cuando quienes están encargados de ejercerla contra la población deciden —haciendo uso de su libre albedrío, e independientemente de sus razones— no implementarla más. Por lo general, ese momento llega cuando el rechazo al régimen se ha convertido claramente en la tendencia mayoritaria, y cuando el riesgo para los cuerpos represivos de enfrentarse a una mayoría descontenta se incrementa de múltiples formas (levantamientos populares; rechazo social; sanciones externas; aislamiento internacional; divisiones internas; etc.).

De lo anterior se deduce el riesgo vital que representa para una autocracia el hecho de organizar elecciones y perderlas con claridad. Un episodio de tales características demuestra la debilidad real del régimen en cuestión y resca-

ta la verdad que ameritan las democracias para existir. Cuando todo ello se combina para propiciarle una derrota electoral a un régimen autocrático, su caída o transformación puede darse de forma inmediata o diferida en el tiempo.

Derrotas electorales con efecto retardado

En diversas ocasiones ha sucedido que la derrota electoral de un régimen autocrático conlleva una caída que no se produce de inmediato. En Venezuela, el dictador Marcos Pérez Jiménez fue derrocado cinco semanas después de desconocer los resultados del plebiscito de diciembre de 1957. En Panamá, una acción armada por parte de los estadounidenses terminó por derrocar en enero de 1990 a Manuel Noriega, luego de que este (acusado de narcotráfico) anulara las elecciones de mayo de 1989.

En Serbia, dos semanas después de que Slobodan Milošević desconociera su derrota electoral en el año 2000 y de que diversos órganos públicos decidieran anular las elecciones, un levantamiento popular en la capital Belgrado propició la caída del dictador. En Perú, varios meses después de que el Centro Carter ratificara que Alberto Fujimori había cometido irregularidades en las elecciones del año 2000, la filtración de una serie de videos extorsivos que involucraban al jefe de la inteligencia peruana, Vladimiro Montesinos, fue lo que en definitiva propició el cambio de régimen. Los videos involucraban a tanta gente que el apoyo a Fujimori se desbarató en cuestión de semanas.

Y más recientemente, el 20 de octubre de 2019, Evo Morales se presentó a unas elecciones presidenciales en las que la Constitución de Bolivia expresamente le prohibía competir. Amparado en una decisión judicial favorable, intentó forzar un resultado electoral irrito que le hacía ganador en primera vuelta. Sin embargo, la reacción coordinada de las fuerzas democráticas generó una presión suficiente como para obligarle a renunciar el 10 de noviembre del mismo año.

Es interesante señalar que los casos de Panamá, Serbia y Perú tuvieron lugar en el marco de los mismos 2 o 3 años, cuando el sistema internacional experimentaba grandes y repentinos cambios. Esta circunstancia podría indicar el enorme peso que tienen las dinámicas de carácter internacional ejercen sobre los procesos de cambio político nacional, los cuales a menudo tardan varios años en gestarse pero luego se precipitan como fichas de dominó cuando las condiciones apropiadas emergen en el plano mundial.

Naturalmente, en ninguno de estos casos, nadie previó que el curso de los acontecimientos sería el que finalmente tuvo lugar. Nadie tiene una bola de cristal para ver el futuro. Sin embargo, los actores y las condiciones estructurales (*agency & structure*) se combinaron para impulsar el cambio de modos imprevistos. Los hechos se concatenaron de modo tal que el cambio se produjo como consecuencia diferida e inesperada de la derrota electoral de la autocracia.

En cada uno de estos episodios, los resultados muy bien pudieron haber sido otros, pero la voluntad de los demócratas de mantener la lucha terminó rindiendo sus frutos a través de caminos difícilmente previsibles.

Miedo, control y libertad

“Tal vez es el momento de reconocer el miedo (...) pero también de saber que al reconocerlo podemos enfrentarlo”

ÁXEL CAPRILES M.

El resentimiento, la esperanza y el miedo son las tres grandes emociones políticas. Hugo Chávez subió al poder espoleado por el resentimiento, el sudor frío de la exclusión y el ruido de fondo de la casta y la raza. Personificó las huestes feroces de José Tomás Boves —el león de los llanos— en la guerra de Independencia, en los años de 1814, y fue la reencarnación de las mismas almas que, en 1859, durante la Guerra Federal, entraban en los caseríos y pueblos de Venezuela al grito cortante de: “muéran todos los blancos y los que sepan leer y escribir”. La Revolución bolivariana retomó y reactivó los más profundos complejos históricos que habían permanecido latentes bajo la consciencia colectiva, abotagados por

los delirios y contradicciones de la abundancia petrolera. Al mismo tiempo, Chávez fue también la esperanza, la fantasía de que todo podía cambiar, la aparición de la Némesis que, finalmente, nivelaría y haría posible la justicia. Pero ¡ay!, nadie contó con que la máscara del redentor era insostenible en el tiempo, y que al final del cuento de hadas solo quedaría el miedo como emoción para soportar el poder.

Para Thomas Hobbes, el miedo es la razón de ser del Estado. El temor a la muerte violenta en condición de naturaleza, el espanto de ser víctima del instinto salvaje del otro, lleva a los seres humanos a pactar y crear un ente abstracto sobre el que delegan su poder individual y al que encargan su seguridad: el Estado. Pero ¡ay!, tampoco contamos con que el poder coercitivo del Estado se convertiría indefectiblemente

en una nueva fuente de represión y turbación. Nicolás Maduro entendió perfectamente que la única manera de destruir la red de solidaridad social que devuelve el poder a los pueblos es el estímulo del horror. Chávez y Maduro tuvieron al mejor mentor, la mejor escuela en métodos de intimidación y represión: Fidel Castro y la Dirección de Inteligencia cubana, el G2. La Tumba, Ramo Verde y el Helicoide, desolladores de la Revolución bolivariana, son testigos de ello.

El poder de los gobernantes reside en el sentimiento, la cooperación y la obediencia de los gobernados. Cuando falla la autoridad, la legalidad, la identificación psicológica u otros elementos que otorgan legitimidad al poder, la amenaza, el ataque a la propiedad, la restricción de libertades, la coerción y la violencia se convierten en las alternativas para lograr la conformidad. Sus métodos trabajan sobre el miedo, una emoción básica, incrustada en el organismo, orientada hacia la supervivencia individual. El adjetivo es importante. Cada individuo puede transformarse en una isla, incomunicada por sus instintos primarios. El uso sistemático del miedo como instrumento de control social es un factor común en los regímenes totalitarios, porque el terror rompe los vasos comunicantes del cuerpo social. Y la voluntad de unos pocos so-

lo puede dominar la voluntad de muchos mientras los muchos permanecen inconscientes de su fuerza superior. No obstante, así como el miedo a las sanciones es una de las principales razones por la que las personas obedecen, alarmantes señales de peligro que disparan el instinto de supervivencia particular, la superación del miedo es la única manera de reconformar la consciencia de grupo que puede retirar la alfombra de obediencia al poder.

“No tenemos miedo” fue una de las principales consignas en las grandes marchas y concentraciones en contra del chavismo desde los inicios de la Revolución. Y, en efecto, los venezolanos hemos demostrado en muy distintas oportunidades un espíritu bravo capaz de confrontar la violencia del poder. Después de tantos años de sufrimiento, de tantas tormentas y sangre, es posible que hayamos llegado a un punto de inflexión. Tal vez es el momento de reconocer el miedo, de decir: “sí, tenemos miedo” —es imposible no tenerlo frente a la psicopatía en el poder—, pero también de saber que al reconocerlo podemos enfrentarlo. Como nos ha enseñado la doctrina aristotélica de la virtud —el justo medio—, la valentía no significa ausencia de miedo, sino la capacidad de actuar y tomar los hilos de nuestro destino a pesar de él. El coraje de superar el miedo.

INTERNACIONAL >> APOYO A LA DEMOCRACIA SOBRE LA DICTADURA

Después del 28J el mundo libre está cercando al régimen de Maduro

Desde el 28 de julio de 2024, la comunidad internacional no ha sido indiferente. Gobiernos democráticos, parlamentos, organismos multilaterales y voces de la sociedad civil alzaron su respaldo al pueblo venezolano y a su mandato expresado en las urnas. Las sanciones, los pronunciamientos diplomáticos y la solidaridad global han ejercido presión sobre un régimen cada vez más aislado. Esta página recoge cómo el mundo libre acompaña, vigila y refuerza el camino hacia la restauración de la democracia en Venezuela



ANTONIO DE LA CRUZ

El sabio no busca la confrontación directa, sino que deja que el enemigo quede atrapado por su propio peso
Zhuge Liang

Mientras algunos esperan que el poder se derrumbe con estruendo, hay quienes saben que las grandes transiciones no comienzan con una explosión, sino con un leve temblor del suelo. Hoy, en Venezuela, ese temblor es cada vez más visible. Ya no se trata de un forcejeo entre gobierno y oposición. La batalla real ocurre en otro plano: el de la presión diplomática, el aislamiento financiero, la estigmatización legal. No es una guerra, es un cerco. Y el régimen de Nicolás Maduro está en el centro de esa niebla que se adensa.

La reciente inclusión de Venezuela en la lista de jurisdicciones de alto

riesgo por parte del Parlamento Europeo ha sido el movimiento más elegante —y letal— de esta estrategia. No hay tanques ni sanciones nuevas. Solo una palabra: riesgo. Pero en el tablero financiero global, esa palabra es suficiente para que los bancos levanten muros, suspendan transacciones, congelen cuentas. Sin necesidad de un edicto, Europa ha señalado a Venezuela como lo que es: un Estado capturado por redes de lavado de dinero y financiamiento al terrorismo.

La reacción del régimen fue predecible: gritos desde la Asamblea Nacional, Jorge Rodríguez, amenazas vacías de romper relaciones comerciales. El general vencido que patea el polvo para parecer fuerte. Pero la red ya está tendida. La telaraña no se ve, pero inmoviliza. Los grupos económicos, Fedecámaras, Cámara Petrolera, entre otros, que aún apostaban por la cohabitación comienzan a ver que hacer negocios con la revolución chavista-madurista implica un costo moral y financiero insostenible. Ya no es solo una dictadura; es un socio tóxico.

A esto se suma el paso silencioso, casi fantasmal, de la Corte Penal Internacional. Mientras en Caracas aún se burlan de la justicia internacional, en La Haya se acumulan testimonios, informes, pruebas. Las órdenes de arresto contra dos altos dirigentes talibanes —Haibatullah Akhundzada: líder supremo de los talibanes y máxima autoridad de facto en Afganistán y Abdul Hakim Haqqani: presidente del Tribunal Supremo de los talibanes y principal— el pasado 8 de julio por ordenar, inducir o solicitar políticas represivas contra mujeres y niñas —crímenes de lesa humanidad— no fue un acto aislado. Fue un mensaje. Cuando la represión sistemática se convierte en política de Estado, la justicia global toma nota. Y aunque la orden de captura aún no ha sido anunciada, la espada ya cuelga sobre la cúpula cabellomadurista.

El maestro estratega del Reino de Shu, Zhuge Liang, en el siglo III d.C., decía que la victoria no llega al que más fuerza aplica, sino al que mejor

entiende el terreno. Hoy, ese terreno se mueve también en Asia. China, sin una palabra de reproche, ha dejado a Venezuela fuera de su política de visados. Es un gesto sutil pero contundente: Caracas ya no es fiable, ni útil, ni parte del nuevo orden asiático. Ni siquiera es necesaria como aliado táctico. La distancia no se decreta: se ejecuta sin ruido.

Así, el mapa se redefine sin necesidad de acuerdos ni invasiones. Estados Unidos ha retirado licencias clave a las empresas petroleras de occidente y la refinería de la India. Europa ha sellado sus compuertas bancarias. La CPI prepara su sello judicial. Y China, que solo premia la estabilidad y la utilidad, da la espalda. Cada actor avanza por su camino, pero todos terminan rodeando el mismo punto ciego: un régimen que se creyó invulnerable y que ahora descubre que su red de apoyo se está disolviendo como humo en la montaña.

Muchos preguntan: ¿cuándo caerá Maduro? La pregunta está mal formulada. El inteligente no pre-

gunta por la caída, sino por la asfixia. Cuando un árbol se seca desde las raíces, no hace falta empujarlo: cae solo. La verdadera tarea hoy es acompañar, sostener y coordinar la resistencia cívica, el mandato de la soberanía popular expresado el 28 de julio de 2024, y el trabajo infatigable de las fuerzas democráticas.

Porque esta batalla no se ganará en un solo día. No habrá fuegos artificiales. Habrá, sí, un lento vaciamiento del poder, una creciente pérdida de control sobre los recursos, un abandono silencioso de los aliados. Y entonces, como en las leyendas de los antiguos estrategas, el enemigo se encontrará solo, sin salidas, sin movimientos, atrapado en un terreno que ya no le pertenece.

Hoy, Venezuela avanza hacia ese desenlace inevitable: el régimen que se creyó invulnerable se ve atrapado en un cerco silencioso, mientras la resistencia democrática, sostenida por la voluntad popular y la coordinación cívica, consolida el terreno para el cambio.

PRESIÓN >> CERCO AL RÉGIMEN

¿Las sanciones internacionales sirven para algo?

“podemos decir que la existencia de sanciones, amenazas creíbles de detención o secuestro, sí son efectivas y seguramente dificultan el sueño de los responsables”

ADOLFO P. SALGUEIRO

Desde que existen grupos humanos, numerosos o no, es natural que haya costumbres diferentes que generan conductas igualmente diferentes. Por eso ha sido y sigue siendo necesario establecer reglas que permitan la convivencia, preferiblemente pacífica y civilizada, entre dichos grupos.

En 1648 se firman los tratados de Westfalia que dieron término a largas y cruentas guerras en el centro de Europa. Con ellos se garantizó la paz en la zona y tuvo nacimiento un nuevo orden, el de los Estados-Nación basado en la aceptación de reglas de convivencia pacífica entre ellos, lo cual supuso asumir que cada uno adoptaría normas de conducta destinadas a garantizar la paz.

Algunos afirman que el principio de la soberanía de los Estados surge precisamente en esa etapa histórica para llegar hasta nuestros días sensiblemente diluido desde su formulación original, que permitía a cada Estado organizarse y gobernarse como mejor le pareciera sin que los demás tengan el derecho de injerencia alguna.

El transcurso de varios siglos junto con la aparición de inventos y nuevas tecnologías ha resultado en la globalización del planeta y, consecuente-

mente, en nuevos principios y normas que garanticen que los Estados y sus gobiernos “se porten bien” entendiendo, claro está, que ello implica matices e interpretaciones, tales como el compromiso de respetar los tratados, resolver las disputas territoriales o no en forma pacífica, atenerse a las reglas y resoluciones de las organizaciones de las que elijan ser miembros, sean estas públicas (ONU, OEA, Unión Europea, Corte Internacional de Justicia, etc.) o privadas (Ciadi, Camara Internacional de Comercio, mediadores etc.) además del compromiso ineludible con los derechos humanos cuya vigencia universal trasciende el marco de la soberanía. Ignorar estos principios básicos trae como consecuencia la responsabilidad internacional del Estado violador y, otras veces hasta la responsabilidad personal de los funcionarios que pueden llegar a verse sujetos a la jurisdicción de tribunales internacionales (Corte Penal Internacional) o la intervención militar decidida por los órganos competentes de la comunidad internacional jurídicamente organizada (ONU en Congo 1960, OEA en República Dominicana 1965, etc.).

Cabe considerar también las obligaciones y responsabilidades que ema-

nan de las sentencias de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, como puede ser el caso en la disputa entre Venezuela y Guyana por la zona del Esequibo, y/o el posible resultado del caso Venezuela I, que cursa en la Corte Penal Internacional por crímenes de lesa humanidad y ya se encuentra en la etapa procesal, y que puede desembocar en orden de comparecencia o de arresto en contra de Maduro y su cadena de mando.

Además de lo anterior, en los últimos tiempos han venido cobrando protagonismo las sanciones consistentes en que uno o varios Estados deciden unilateralmente castigar a otro u otros.

Esto plantea algunas interrogantes tales como: ¿por qué un Estado se arroga el derecho a sancionar a otro?, ¿quién determina lo que es bueno o malo?, ¿un Estado puede imponer sanciones por hechos que no ocurren en su territorio?

Adicionalmente aparece el tema del realismo. ¿Es lo mismo una sanción impuesta por un Estado hegemónico, rico militar, económica o científicamente, poderoso, que la que pueda decretar un Estado pequeño? Evidentemente no lo es, y por tanto la credibilidad o efectividad de las sanciones está supeditada a la posibilidad real de hacer o recibir daño.

El caso de Venezuela es especial para abordar esas preguntas.

¿Es EE.UU. el “policia” del mundo y como tal decide unilateralmente si otros Estados se comportan conforme al derecho internacional o a su propia conveniencia? La misma pregunta es válida para la Unión Europea y para otros Estados que tengan poder y credibilidad cuando decidan una sanción.

En el caso de los Estados Unidos existen normas de su derecho interno que justifican sancionar a otros. Fue en 2015 que el presidente Obama, invocando tales normas, decretó las primeras sanciones contra Venezuela con fundamento —a su juicio— que determinó que nuestro país representaba una amenaza creíble para el interés nacional de los EE.UU., lo cual lo habilitaba para “castigar” a Venezuela, dando así inicio a una seguidilla de sanciones que van desde la prohibición a sus ciudadanos para hacer negocios con Venezuela, la suspensión de la venta de armas, la prohibición de utilizar el sistema bancario norteamericano para hacer transacciones, la prohibición de uso del sistema mundial de transferencias (SWIFT), la prohibición a sus empresas para participar en cualquier fase del negocio petrolero en Venezuela y/o con empresas venezolanas, la imposición unilateral del sistema de licencias específicas (caso Chevron), suspensión de visas de entrada a funcionarios del régimen chavista/madurista, embargo y congelamiento de activos, etc.

En sentido contrario existe el uso discrecional de la atribución del Departamento del Tesoro (OFAC) que permite al Ejecutivo proteger nuestros activos (CITGO, PDVSA, etc.) aun cuando esté cursando un proceso judicial simultáneo. Todo lo anterior deja en el olvido aquello de la soberanía y la no injerencia llegando al extremo de exigir el cambio de normas internas de nuestro país, etc.

Existe escepticismo acerca de la efectividad de este amplio menú de sanciones. Hay quienes apuntan al hecho cierto de que Venezuela en buena medida ha podido burlarlas a través de ingeniosos y complicados

esquemas para hacer negocios paralelos que —hasta el momento— han ido proviendo recursos al gobierno para atender algunas de sus prioridades más urgentes.

Agréguese la creíble amenaza de que el caso judicial con Guyana no parece ir encaminado hacia buen puerto, que la Corte Penal Internacional está ya en condición procesal para imponer orden de comparecencia o de detención contra Maduro y su combo, más la creciente limitación para la obtención de recursos financieros internacionales junto a la restricción de movimientos comerciales o financieros y, muy importante, la amenaza que se cierne sobre todos aquellos acusados o imputados en casos de lesa humanidad, restringidos en sus viajes ante la inminencia de sanciones de la Corte y/o Circulares Rojas emitidas por Interpol y/o posibles atentados contra sus personas o sus bienes, como también el antecedente de las decisiones ya tomadas por ese tribunal contra altos personeros como Putin, Pompeo, Netanyahu, y algunos otros altos oficiales que más temprano que tarde tendrán que asumir responsabilidades, aun cuando aspiren y/o puedan disimular u ocultar su presencia en otros países... Lo mismo aplica para quienes participan en narcotráfico u otros delitos como, lavado de dinero, terrorismo, etc.

En resumen, podemos decir que la existencia de sanciones, amenazas creíbles de detención o secuestro, sí son efectivas y seguramente dificultan el sueño de los responsables. Todo ello sin perjuicio de que muchas de las sanciones lamentablemente contribuyen a dificultar la vida ya sacrificada de amplios sectores populares

Tejido social global unido para recuperar la democracia en Venezuela

PH.D TOMÁS PÁEZ

La defensa de la voluntad popular, expresada en las elecciones del 28 de julio de 2024, es la razón medular, el motivo de unión de la movilización social y política de la sociedad venezolana. Los usurpadores, con la anuencia de quienes poseen todas las actas del resultado electoral, demuestran su total desprecio a los ciudadanos. Además de ser un timo, avala a un régimen cuyo sino es el saqueo y la destrucción. La estafa es uno de los detonantes de la movilización social y es motivo del respaldo internacional a la causa venezolana.

Los estafadores intentaron usurpar el poder por la fuerza en 1992, utilizando para sus fines particulares los recursos asignados a la defensa del país. El fraude actual mantiene el despropósito original, reiterado en el referendo del año 2007: destruir el sistema democrático y acabar con los derechos humanos fundamentales de propiedad, libertad de expresión (a la cual persigue hasta su extinción definitiva) y de participación social y política.

Un régimen ruin y nefasto es el responsable de la funesta situación del país, que podemos visualizar en unos pocos datos: producción petrolera raquítica y menguante, pensión enclenque y salario básico de un dólar y poco. No hay intersticio de la realidad económica, social, institucional, cultural y política, que haya salido indemne del proceso de demolición, y todo ello en medio de una atmósfera de terror legal, agresiones fisi-

cas, amenazas, secuestros y listas negras diseñadas para amedrentar a quienes disienten. Una de sus consecuencias más visibles es el éxodo de más de nueve (9) millones de ciudadanos, un tercio de la población del país, lo que constituye el mayor flujo migratorio de la región y uno de los cinco más grandes del planeta. Son resultados funestos, nada de lo que sentirse orgulloso. Frenar y revertir esta insondable crisis requerirá varios años de esfuerzo sostenido por parte de todos.

La honda crisis y la magnitud de la diáspora explican la transformación del país en su corteza y en sus entrañas. La presencia de la diáspora, en más de 1.500 municipios y 500 ciudades del planeta, delinea una “nueva geografía” que interpela la noción de Estado-nación. Con el éxodo se difuminan las fronteras convencionales, el ejercicio de la ciudadanía y de sus organizaciones adquiere categoría transnacional, y la política adquiere un rango más universal.

En la “nueva geografía”, organizaciones y personas se conectan, entrelazan y movilizan con el objetivo de defender sus derechos, la democracia y los resultados electorales. El régimen las considera enemigas y en su contra ha establecido un marco legal, cuyo objetivo es silenciarlas hasta llegar a su eliminación definitiva. La persecución incluye el encarcelamiento y secuestro de los voceros de asociaciones y organizaciones de la sociedad civil.

Ante regímenes autoritarios y totalitarios, cuyo descrédito y perversidad se asemejan a los del régimen

venezolano, la sociedad ha alzado su voz y se ha movilizado exigiendo mayores libertades y el tránsito a la democracia. Fue la experiencia de Portugal con la “Revolución de los claveles”; la “Revolución de terciopelo”, en Checoslovaquia, liderada por el foro cívico de Václav Havel; la “Revolución de las rosas” en Georgia, la “Revolución naranja” en Ucrania o la “Primavera árabe” en países del Medio Oriente y África.

La sociedad civil se organiza, conecta y moviliza, a partir de propósitos, objetivos y esperanzas compartidas sobre la base de relaciones fundadas en la confianza, en el reconocimiento de la pluralidad como contraria a la uniformidad. Reclaman elecciones y el derecho a participar en ellas, exigen el reconocimiento de resultados electorales y rechazan y denuncian la violación de los derechos humanos y de los acuerdos internacionales. Todo ello allana el tránsito a la cooperación, la colaboración y la unión, pilares sobre los que descansa la movilización social. El trabajo en red posibilita el aprovechamiento del conocimiento disperso de todos los participantes. La importancia de la unión, la articulación y el trabajo en equipo ha sido destacado por Esopo, Gandhi y Kennedy, entre muchos otros.

La movilización de la sociedad civil venezolana se produce a escala global, y en ella participan organizaciones transnacionales entrelazadas a las que actúan en las fronteras convencionales. Juntas, perfilan la agenda política y la estrategia de gobernanza, honrando el principio de

que la efectividad de la intervención está directamente relacionada con la unión que se logre construir.

La transición a la democracia no es un proceso sencillo, tampoco lineal. Cada transición es única y de ellas es posible extraer aprendizajes y discernir sus fundamentos medulares. Alejandro Arratia, en su denso y profundo estudio de las transiciones a la democracia en Chile, Checoslovaquia, España y Venezuela, ahonda en lo dicho.

Los resultados de las movilizaciones y las transiciones han sido disímiles. Unos muy exitosos, otros no tanto. De esas experiencias aprendemos la importancia de un liderazgo capaz de incluir a quienes han sido parte de la debacle. Recuerdo las palabras de Sergio Bitar, quien debió sentarse en el Senado chileno, silla de por medio con A. Pinochet, responsable del golpe militar que cobró muchas vidas.

El autor nos enseña que las transiciones no se decretan, su duración es variable y su accionar sinuoso en el que el azar también interviene. Las transiciones evitan los extremos. En ellas, las posiciones polarizadas no tienen cabida, ya que constituyen un obstáculo que levanta muros en lugar de puentes. La unión de la sociedad civil está acompañada de un liderazgo con capacidad de diálogo, competencia para establecer acuerdos y pactar, incluidos los factores del régimen en el poder, con el fin de evitar que las tensiones sociales se desborden. Conducir la transición exige, además, una gran paciencia. La idoneidad del liderazgo le da sentido a

la frase “en la unión está la fuerza”, asegura la viabilidad del proceso e impide el vacío experimentado en algunos países tras el éxito alcanzado. Comparten con A. Camus el principio según el cual el fin no justifica los medios.

En el caso venezolano, la movilización de la sociedad civil adquiere dimensiones planetarias. Comporta un desafío mayúsculo y singular en un novedoso espacio global, en el cual se conectan, comunican, organizan y entrelazan en complejas madejas organizativas amparada en todas las redes sociales a su alcance. La persecución despiadada del régimen a las organizaciones de la sociedad civil hace indispensable la voz de las asociaciones transnacionales, que pueden desempeñar un papel más activo, aunque no exento de riesgos, dada la ilimitada maldad del régimen.

Las organizaciones transfronterizas también llenan el vacío de un Estado ausente negado a reconocer el éxodo ocasionado por sus políticas. Desempeñan la “diplomacia pública”, delinear una geopolítica alterna a la del régimen, articulan, unen fuerzas y se movilizan con el fin de rescatar la democracia, abordan analíz y perfilan el futuro de Venezuela. Interactúan con partidos políticos democráticos e instituciones de los países de acogida, participan en foros políticos, sociales, en parlamentos, universidades y medios de comunicación.

Los voceros de las organizaciones de la diáspora, periodistas, perseguidos políticos y representantes de distintos partidos políticos, movilizan y fungen como caja de resonancia de lo que ocurre en el país. En un contexto de asfixia de las libertades y los derechos, el acceso a plataformas digitales permite a las diásporas amplificar su voz, fomentando así el sentido de comunidad e impulsando movimientos colectivos, conscientes de que en la unión está la fuerza.

Los hits de María Corina Machado

Strikes al régimen, logros silenciosos pero fundamentales

"Esto es un juego largo. Pero ya vamos ganando".
Así podría resumirse la lectura política que María Corina Machado ha construido en torno a tres momentos clave del último año

Operación Guacamaya, golpe al corazón del poder

PEDRO URRUCHURTU

Ha pasado un año desde la elección presidencial del 28 de julio de 2024 y la clara victoria de la oposición democrática, encabezada por María Corina Machado y asumida con valentía por el presidente electo Edmundo González Urrutia. Esta victoria no solo fue contundente, sino que también se logró demostrar en tiempo récord, contra todo pronóstico. Las actas del 28J, resguardadas en el Banco Central de Panamá, son testimonio vivo de esa gesta ciudadana. Son la *partida de nacimiento* del triunfo de ese día.

Durante este año, el régimen ha mostrado su verdadero rostro: una naturaleza criminal sustentada en la represión, el terrorismo de Estado y el ensañamiento. Ha recurrido incluso a prácticas inspiradas en el nazismo, como el *sippenhaft*, extendiendo la persecución a familiares y allegados de las víctimas. Esta crueldad sistemática ha provocado el rechazo no solo interno, sino también de antiguos aliados internacionales, que hoy optan por el distanciamiento para no verse asociados a una deriva autoritaria profundamente destructiva y criminal.

Ese rostro del régimen también confirma el duro golpe que le propinamos con organización, disciplina y sorpresa, como ocurrió en las primarias de 2023 y en múltiples ocasiones más. Esa estrategia acertada nos ha permitido avanzar, a pesar de repliegues tácticos y de las reacciones de ese régimen herido que nos han causado tanto dolor. Por eso el compromiso sigue firme: cobrar la victoria expresada a través de la soberanía popular y liberar a un país secuestrado, especialmente a los presos políticos.

El régimen se vio obligado a transitar el camino más costoso para su permanencia: el del repudio, el aislamiento y el crimen sin disimulo. Su fraude, y la forma en que lo evidenciamos, lo obligó a mostrarse tal y como es. Esa verdad expuesta fue clave para cerrar capítulos y desmontar la idea de que enfrentamos un problema solo político. El 28J marcó el fin de la condescendencia electoral; desde entonces, enfrentamos un régimen cuya esencia es abiertamente criminal. Y como tal debe ser asumido y tratado.

Nadie tiene el guion para derrotar, paso a paso, con fecha en el calendario, a un régimen criminal y perverso como el que enfrentamos; pero es posible hacerlo con claridad en la estrategia, en el liderazgo y en la organización. Eso es lo que permite detectar debilidades estructurales y grietas que hacen posible que, desde adentro, al régimen se le caiga esa percepción que buscan transmitir de ser invencibles. Es también lo que permite la identificación de hitos que nos permiten avanzar, aunque el régimen invierta horas en desprestigiar la lucha para hacernos creer que todo está perdido. Solo la comunidad internacional articulada, en coordinación con el trabajo dentro de Venezuela, en conjunto con un liderazgo que articule esos esfuerzos, puede hacer que esas debilidades se incrementen.

Donde hay una grieta, hay una oportunidad

La Operación Guacamaya evidencia las vulnerabilidades del régimen y demuestra que es posible derrotarlo en su propio terreno. No solo se ente-

raron demasiado tarde, sino que comprendieron que, cuando los aliados internacionales actúan con decisión, buscan todos los medios para lograr su objetivo. Esto requiere coordinación y sentido de oportunidad, pero también valentía y determinación. Pese a la vigilancia extrema y el intento de mantenernos como rehenes hasta desaparecer, fallaron, porque siempre existen formas de vencerlos si se actúa con inteligencia.

Ninguna propaganda del régimen puede ocultar esas grietas. Aún no logran explicar nuestro escape. Intentaron alegar una supuesta negociación, pero no pudieron sostener esa versión: no existe ni una prueba que la respalde. La articulación precisa permitió que, ante sus ojos, escapáramos y fuéramos rescatados. Por eso es que sus debilidades son oportunidades; desmienten su imagen de infalibilidad y su falso apoyo popular, mientras siembran duda dentro de sus propias filas. Esa fisura interna es el camino para avanzar hacia el cambio y la libertad.

La política y la diplomacia convencionales no bastan ante un régimen criminal como el venezolano. Nuestro escape de la Embajada argentina, tras meses de asedio, expuso las fallas del derecho internacional frente a regímenes de esta naturaleza. Solo una solución no convencional nos permitió alcanzar la libertad para seguir luchando desde nuevos horizontes. Esto no implica abandonar lo institucional, sino actuar con irreverencia y precisión, como ocurrió el 28J. Solo así se abrirá el camino hacia una negociación real y una transición, basada en la firmeza de los principios, en el pragmatismo y en la claridad estratégica con apertura.

Este año ha sido duro, pero también aleccionador. Nos ha mantenido enfocados y decididos. La voluntad política es clave, tanto dentro como fuera del país, al igual que la determinación de los venezolanos y el apoyo internacional. Se han logrado importantes avances: el reconocimiento de gobiernos, visitas del presidente electo González Urrutia, resoluciones, informes, denuncias de violaciones a los derechos humanos y esfuerzos coordinados con acciones precisas con el tema técnico electoral como una premisa clave y de evidencia. Todo esto fortalece la articulación entre la lucha interna,



cada vez más organizada y clandestina, junto al respaldo externo que parte del respaldo activo a María Corina Machado como liderazgo emblemático de la oposición, y aún más desde su clandestinidad. Esto es vital para mantener la presión, visibilizar la causa venezolana y avanzar hacia la libertad. La clave está en actuar con inteligencia, constancia y visión estratégica ante un régimen que aún pretende aparentar invulnerabilidad.

Esa llave es fundamental para remar en nuestro objetivo, que no es otro que el de la libertad. Ello requiere alinear los tiempos de la urgencia de Venezuela con los tiempos de la diplomacia y del mundo. Afortunadamente cada vez hay más conciencia de lo que el régimen es capaz de hacer y de la necesidad de que Venezuela sea libre. Nuestra liberación de la embajada es tan solo un testimonio de lo que podemos hacer, como la sociedad venezolana lo ha demostrado tantas veces, cuando nos lo proponemos.

Y lo volveremos a hacer.

La abstención como defensa del voto libre

ANTONIO LEDEZMA

Luchar por la libertad en Venezuela ha sido una constante frente a un régimen que, bajo la fachada de elecciones, busca perpetuarse en el poder. La abstención, en ciertos contextos, no es un acto de apatía, sino una herramienta de resistencia frente a un sistema diseñado para manipular la voluntad popular. El pasado 28 de julio de 2024, acudimos a las urnas para apoyar a Edmundo González, con la esperanza de que un proceso electoral, aunque imperfecto, pudiera abrir una brecha hacia la democracia. Sin embargo, las circunstancias han cambiado, y hoy, ante un nuevo proceso amañado por la dictadura de Maduro, la abstención se perfila como una respuesta legítima y necesaria para defender el voto libre, asumiendo otra vez, como el pasado 28 de mayo, una protesta pasiva exitosa. Recordemos que, tal como ocurrió el día 18 de mayo de 2018, los venezolanos protagonizamos una jornada de abstención útil porque dio lugar a la caracterización de Maduro como ilegítimo.

Maduro ha demostrado, una y otra vez, que no respeta las reglas democráticas. Las elecciones que convoca no son más que un teatro cuidadosamente orquestado para simular legitimidad. El Consejo Nacional Electoral, controlado por el régimen, manipula resultados, inhabilita candidatos opositores, altera padrones electorales y reprime a los votantes. Votar en estas condiciones no es ejercer un derecho, sino convalidar un fraude que además les sirve para buscar eclipsar el triunfo épico logrado en las elecciones del 28 de julio de 2024. Participar en un proceso donde el resultado está predeterminado equivale a rendirse ante la maquinaria autoritaria que ha secuestrado la soberanía popular.

El 28 de julio, la oposición unida apostó por la vía electoral, confiando en que la movilización masiva y la presión internacional podrían contrarrestar las trampas del régimen. Edmundo González representó una esperanza, un símbolo de cambio frente a la opresión. Sin embargo, el régimen no solo ignoró la voluntad expresada en las urnas, sino que intensificó la persecución, la censura y la represión. Los resultados fueron manipulados, y la comunidad internacional, aunque solidaria, no ha logrado revertir el atraco electoral. Este precedente nos enseña que participar en un proceso sin garantías democráticas es inútil y, peor aún, puede legitimar al opresor.

La abstención, en este contexto, no es rendirse, sino rechazar un juego amañado. Es un mensaje claro al régimen y al mundo: los venezolanos no aceptamos elecciones fraudulentas. No se trata de abandonar la lucha, sino de redirigirla hacia estrategias que realmente desafían al poder. La abstención activa, acompañada de movilización, denuncia internacional y presión interna, puede desgastar al régimen y visibilizar su ilegitimidad. Es una forma de resistencia que preserva la dignidad del voto y evita que sea instrumentalizado por la dictadura.

Quienes defendemos la abstención no negamos la importancia del voto. Al contrario, lo valoramos tanto que no permitiremos que sea pisoteado en un proceso viciado. La lucha por la democracia exige coherencia: no podemos combatir a un régimen ilegítimo participando en sus farsas. La verdadera defensa del voto libre está en exigir el acatamiento del verdadero mandato soberano manifestado con votos el pasado 28 de julio de 2024.

Una fuga impecable

El 6 de mayo de 2025, tras 412 días rodeados por las fuerzas de seguridad del régimen, cinco miembros del equipo político de María Corina Machado salieron de la Embajada de Argentina en Caracas en una operación silenciosa y coordinada por Estados Unidos, Argentina y Brasil. Los rescatados fueron Magali Meda, Omar González Moreno, Humberto Villalobos y Pedro Urruchurtu. Todos figuras claves del comando unitario de la oposición, perseguidos por impulsar una candidatura respaldada por millones de venezolanos. Claudia Macero ya se había logrado fugar de la Embajada de Argentina, desafiando las medidas de resguardo.

Durante meses, los dirigentes permanecieron refugiados en la sede diplomática, vigilados por el Sebin, sitiados por un cerco represivo que pretendía quebrar su voluntad. El régimen apostaba al desgaste, al miedo, al aislamiento. Pero el desenlace fue otro: una fuga impecable, sin violencia, sin filtraciones y, sobre todo, sin capacidad de reacción por parte del Estado.

ENTREVISTA >> SOBRE EL FINAL DE LAS DICTADURAS

El camino hacia el derrumbe de una dictadura, según Marcel Dirsus

Tres factores comunes suelen coincidir en la caída de las dictaduras de los últimos 50 años: la presión ciudadana, la fuerza militar y la voluntad del círculo cercano del tirano para facilitar la transición democrática

ALESSANDRO DI STASIO

En una democracia, sería el apoyo popular lo que permitiría a los políticos llegar al poder y, en ese sentido, estos gobernarían enfocados en el bien común de su país. Sin embargo, en las dictaduras se busca todo lo contrario. Termina siendo un grupo muy reducido de personas, la mayoría de ellas cercanas y de la confianza del dictador, quienes usan el poder para beneficio propio y buscan afianzarse en él a toda costa.

Pero muchos cambios de régimen, cuando ocurren, no se podrían producir sin la colaboración activa de los miembros que sostuvieron al régimen autoritario, según Marcel Dirsus, un politólogo alemán que estudió la manera en la que se derrumban las dictaduras y publicó los resultados en su libro *Cómo caen los tiranos. Y cómo sobreviven las naciones*.

Desde el año 1950, 473 líderes autoritarios han perdido su poder. Y, al menos en el 65% de los casos, han sido derrocados por personas dentro del propio gobierno. No obstante, de acuerdo con Dirsus, hay un factor clave para que estos procesos funcionen: las personas, desde los ciudadanos que protestan hasta los hombres de armas que sostienen al tirano, deben estar convencidos de que existe una verdadera posibilidad de que este pueda caer. "Crear esa impresión es clave", explicó el politólogo alemán en entrevista con *El Nacional*.

En su libro, usted analiza varios casos de dictaduras que han perdido su poder. ¿Cuáles son los factores más recurrentes que, según su investigación, han demostrado ser comunes cuando caen los regímenes dictatoriales? ¿Existen "puntos de inflexión" o eventos específicos que comúnmente desencadenan la inestabilidad que lleva al fin de una tiranía?

Las dictaduras sobreviven cuando pueden mantener una impresión de inevitabilidad. Cuando la gente piensa genuinamente que podría haber una alternativa, que el tirano podría caer, a menudo lo hace. Y cuando sucede puede ocurrir muy rápidamente, porque estos regímenes rara vez tienen una legitimidad genuina. No hay un único factor determinante. Tomemos la caída de Bashar al-Assad: cuando los soldados en Damasco se dieron cuenta de que el déspota sirio realmente podía perder el poder, algunos de ellos simplemente tiraron sus uniformes a un lado de la carretera en lugar de luchar por él.

Las dictaduras a menudo mantienen el poder a través de la represión y el miedo, lo que puede crear una sensación de estabilidad. Sin embargo, ¿son las dictaduras realmente estables? ¿Qué ideas surgen de la experiencia de los casos que usted estudió?

Todo gobernante depende de otros para mantener el poder. La pregunta es: ¿Cuántas personas necesitan y quiénes son? En democracias funcionales, los líderes necesitan el apoyo de una parte comparativamente grande de la población porque necesitan ganar elecciones libres y justas. Pero en Corea del Norte, por ejemplo, Kim Jong-un solo necesita 200 o 300 familias para mantenerse en el cargo. En cierto sentido, eso suena cómodo. De-

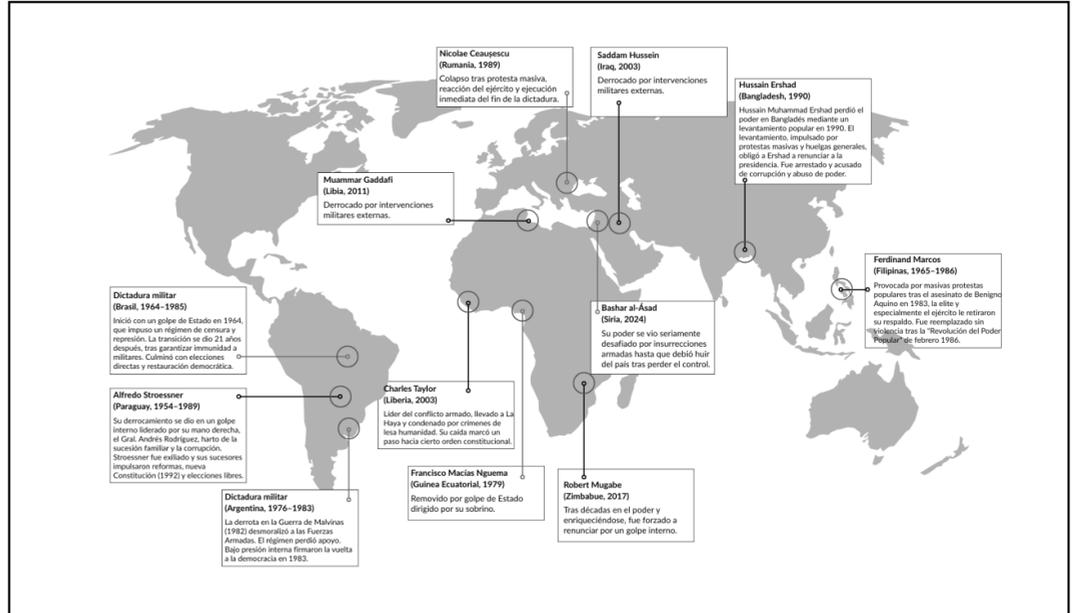
bido a que los dictadores solo necesitan una pequeña parte de la población para mantener el poder, tienen más margen de maniobra. Pero en última instancia, esto significa que las dictaduras nunca pueden ser verdaderamente estables. Los líderes democráticos pueden perder cientos de miles de votantes, pero si el presidente ruso Vladimir Putin pierde el apoyo de incluso 30 generales claves, todo podría terminar.

¿Qué papel juegan las fisuras dentro del círculo íntimo del dictador y las élites militares en el colapso de una dictadura? ¿Cómo se mantienen leales estos grupos al dictador, o cuándo deciden oponerse a él? ¿Podría compartir ejemplos concretos de su libro que ilustren este punto?

Si los dictadores pierden a las élites del palacio (en referencia a la sede del gobierno), pierden el poder. Sabiendo esto, los tiranos utilizan tanto la represión como la corrupción para mantenerlos (a los funcionarios y a las élites económicas) de su lado. Si una empresa estatal se privatiza, el asesor del presidente podría obtenerla por debajo del valor de mercado. Si la capital necesita un nuevo aeropuerto, un aliado lo construye. Si se puede ganar dinero con las drogas, que la policía lo controle. Y si alguien aún se desvía, el dictador se asegura de que haya un alto precio que pagar. Estas élites tienden a oponerse al dictador bajo dos circunstancias: porque creen que pueden obtener un mejor trato bajo un nuevo liderazgo o porque sienten que están en riesgo. Esto puede suceder durante las purgas, por ejemplo. Cuando comienza una purga, los ministros del tirano se sientan alrededor de una mesa preguntándose qué podría pasar después. Cuando uno de sus colegas es enviado a prisión por deslealtad percibida por el dictador, es posible que no se opongan. Porque ahora que el ministro de Transporte (por mencionar un ejemplo) ya no está, el mismo pastel se divide en menos trozos. Si la cosa les va bien, podrían robar aún más dinero a su gente. Pero a medida que más y más colegas desaparecen, los ministros restantes pueden decidir unirse para oponerse al dictador porque no quieren ser los próximos. Gestionar a estas élites es un arte y una ciencia.

En su libro, usted menciona que algunos de los mecanismos que usan los dictadores para mantenerse en el poder (como la represión gubernamental o la distribución de influencia entre sus leales) pueden, paradójicamente, sembrar las semillas de su caída. ¿Podría explicar este punto?

Sí. Los dictadores tienden a tener miedo de sus propios soldados porque saben que pueden ser depuestos en un golpe militar. Para reducir la amenaza de ser derrocados, reestructuran sus fuerzas de seguridad para "contrabalancear" al ejército a través de milicias, mercenarios o quizás incluso bandas. En algunas dictaduras, ese papel lo desempeña una guardia encargada exclusivamente de militarizar el palacio de gobierno. La idea detrás de esto es simple: envía una señal a los generales de que no tiene sentido intentar un golpe porque, si lo hicieran, tendrían que enfrentarse a todas esas otras fuerzas. Pero los dictado-



res nunca pueden eliminar verdaderamente la amenaza, solo pueden contenerla. Y, a medida que estructuran su ejército para evitar golpes, casi inevitablemente se vuelven más vulnerables a invasiones y rebeliones porque reducen la eficacia del ejército (dividido en facciones).

Su libro también aborda lo que sucede después de la caída de un tirano. ¿Cuáles son los mayores desafíos que enfrentan los países en el camino hacia una transición democrática exitosa? ¿Cuáles son los errores más comunes que se cometen en esta fase?

Cuando los tiranos pierden el poder, la gente a menudo espera que los países se democratizen. A menudo ese no es el caso, en parte por razones estructurales. Los dictadores intentan destruir las instituciones independientes o capturarlas para beneficio personal. Cuando ya no están, las decisiones relativas a la sucesión tienden a recaer en las élites que mantuvieron al dictador anterior en el poder. Esos generales, asesores y funcionarios de inteligencia no suelen estar a favor de la democratización porque derivan su poder de la dictadura. Si pueden acordar un candidato común, esa persona a menudo se convierte en dictador. Eso significa que no basta con simplemente derrocar al dictador: las masas deben ser lo suficientemente poderosas como para convertirse en un actor importante.

¿Qué elementos considera cruciales para garantizar que el fin de una dictadura no conduzca a otra forma de autoritarismo o a un período de caos, sino que lleve a una democracia estable?

Cuando se desmantela una dictadura, una de las preguntas clave es qué sucede con los restos del antiguo régimen. ¿Se purgan? ¿Los funcionarios públicos que apoyaron al dictador conservan sus trabajos? ¿Y los generales? En alemán, llamaríamos a esto una decisión entre la peste y el cólera porque realmente no hay buenas opciones aquí. Por un lado, las personas que apoyaron al dictador no deberían estar cerca del poder. Pero, por otro lado, las purgas pueden desestabilizar el nuevo sistema. Si las personas que antes eran alguien se convierten en nadie sin ninguna participación en el sistema, pueden convertirse rápidamente en enemigos.

La oposición juega un papel vital en cualquier proceso de cambio. Basándose en su análisis, ¿cuáles son las características de una oposición efectiva y resiliente a una dictadura? ¿Qué estrategias han demostrado ser las más exitosas para movilizar a la población y presionar al régimen?

Si puede tener éxito, la protesta no violenta es la que tiene más probabilidades de conducir a la democratización. Y la no violencia también tiene otras ventajas. Lo más importante es que facilita la movilización de la población porque es comparativamente fácil. Pocos de nosotros estaríamos dispuestos a pasar una década en la selva por una rebelión armada, pero casi todos pueden participar en una protesta. Adolescentes, pensionistas, gente común. Los dictadores quieren dificultar las protestas porque no pueden permitirse parecer débiles. Así que controlan los medios, censuran las redes sociales y atacan cualquier crítica.

Considerando el caso de Venezuela, un año después de las elecciones del 28 de julio y la demostración de fraude presentada por la oposición en los resultados electorales, ¿qué paralelismos o diferencias ve con los casos de estudio explorados en su libro?

Muchas de las dinámicas en el país me recuerdan al libro. Maduro sabe que perder el poder es increíblemente peligroso porque su régimen ha pasado años robando a las masas y acosando a los opositores políticos. Si ya no tiene el control, hay muchas posibilidades de que termine en prisión o peor. Eso significa que tiene un incentivo enorme para hacer todo lo que pueda para mantenerse en el poder. Si eso significa manipular elecciones, que así sea. Si necesita torturar a opositores políticos o disparar a manifestantes desarmados, eso es lo que intentará hacer. Cuando líderes como Maduro enfrentan grandes protestas, tienen dos preocupaciones principales. La primera es la amenaza de un golpe: la oposición abierta señala debilidad y esa debilidad puede llevar a los más cercanos al líder a actuar contra él. Para intentar evitar que eso suceda, ocurre el segundo escenario donde Maduro ha intentado "blindar" su régimen contra golpes, en parte a través de la reestructuración de sus organismos de seguridad. Pero incluso si las fuerzas de seguridad no actúan directamente, aún pueden volverse relevantes. Cuando los dictadores enfrentan protestas masivas, a menudo se ven obligados a tomar una decisión: ¿Darán la orden de disparar o de reprimir a los manifestantes? Ese momento es increíblemente peligroso incluso para los líderes más arraigados. El riesgo obvio es que genere una reacción violenta, lo que provoque que más personas se opongan a la dictadura. Pero el resultado verdaderamente catastrófico, desde la perspectiva del dictador, es que las fuerzas de seguridad se nieguen a dar la orden y no hagan nada o cambien de bando por completo. Cuando eso sucede, el régimen puede desmoronarse bajo el peso de su propia represión. En Venezuela,

eso no sucedió. Pero es muy probable que los soldados, policías y espías consideraran la probabilidad de éxito. En igualdad de condiciones, las fuerzas de seguridad son mucho más propensas a negarse a dar órdenes de usar la violencia contra manifestantes desarmados si creen que el régimen podría caer. Crear esa impresión es clave.

¿Cuál es el precedente histórico de los regímenes que dependen en gran medida de la manipulación electoral o el fraude para mantenerse en el poder? ¿Estos regímenes tienden a ser más o menos duraderos en comparación con los que utilizan otras formas de control?

Desde la perspectiva del tirano, celebrar elecciones (fraudulentas) tiene múltiples ventajas. Incluso las elecciones falsas pueden generar cierta legitimidad en el país y en el extranjero. La oposición no se las tomará en serio, por supuesto, pero algunas personas siempre lo harán. O, al menos, los partidarios del tirano pueden optar por creer en ellas si realmente quieren. Y cuanto más gente puedas convencer de que tu gobierno es legítimo, menos gente necesitará reprimir en las calles. Eso es una ventaja (para los dictadores) porque el uso de la violencia siempre conlleva un riesgo significativo. Dicho esto, líderes como Maduro probablemente no celebrarían elecciones si no tuvieran que hacerlo, porque también sirven como un punto natural de movilización. Cada vez que hay una votación, el mundo está observando. Las protestas son probables y no se sabe si el régimen mantendrá su cohesión.

¿Qué le da esperanza en la lucha contra las dictaduras?

Por extraño que parezca, estoy más optimista sobre el futuro de la democracia que nunca. La democracia no es perfecta, pero ciertamente es mejor que todas las alternativas disponibles. Y, aunque los últimos años han visto muchas decepciones, lo que parece un fracaso no tiene por qué serlo. Cuando los viles dictadores fueron derrocados durante la Primavera árabe, realmente parecía que algunos de estos países podrían convertirse en democracias liberales. Luego, las transiciones fracasaron en un país tras otro y muchos concluyeron que todo había sido un fiasco masivo. Pero ¿podemos estar realmente seguros? Incluso en Europa, las transiciones democráticas fueron increíblemente complicadas. Quizás los futuros historiadores, dentro de cien o doscientos años, miren hacia atrás a la Primavera árabe y la consideren un desarrollo fundamental en el camino hacia la democracia en el Norte de África y Oriente Medio. Es simplemente demasiado pronto para saberlo.

PERSPECTIVA >> AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Efectos de la caída de Maduro

ALFREDO CÉSAR A.

La Revolución cubana triunfó en 1959, la sandinista en 1979 y la chavista en 1999, cada veinte años. Pero el mayor efecto inmediato en Latinoamérica lo tuvo la última, debido a la enorme cantidad de recursos con que Chávez apoyó a los candidatos de izquierda, en las elecciones de los países de la región.

Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, Lula da Silva en Brasil, Evo Morales en Bolivia, Ollanta Humala en Perú, Rafael Correa en Ecuador, Fernando Lugo en Paraguay, Michelle Bachelet en Chile, Tabaré Vázquez en Uruguay, Daniel Ortega en Nicaragua, Mauricio Funes en El Salvador, Manuel Zelaya en Honduras, Álvaro Colom en Guatemala, Raúl Castro en Cuba y Hugo Chávez en Venezuela, integraron la ola roja de la primera década del siglo XXI.

Adicionalmente, Chávez financió la creación de múltiples organizaciones, con el objetivo de influenciar de forma decisiva el rumbo de los países latinoamericanos y caribeños. El ALBA, Petrocaribe, Unasur y Celac fueron creadas y durante los años de grandes recursos, funcionaron con fuerte proyección. Todavía existen, aunque su funcionamiento está muy disminuido.

Desde entonces, en los países que pudieron preservar las instituciones judiciales, electorales y militares independientes de los ejecutivos de izquierda, las democracias se lograron mantener. Tal es el caso de Argentina, el de Ecuador y el de Paraguay, entre otros.

La influencia que el régimen de Maduro ejerce en países latinoamericanos ha disminuido, debido principalmente, a que ha sido incapaz de mantener los enormes subsidios petroleros a través de Petrocaribe. Sin embargo, el hecho de contar con las reservas petroleras mayores del mundo, le ha permitido especular, ante algunos gobiernos, con un futuro tan generoso como en tiempos de Chávez.

Por lo tanto, la caída de Maduro tendrá un efecto dominó en la región. Impactará negativamente a todos los gobiernos de izquierda que han mantenido una posición tolerante ante el monstruoso fraude

"la caída de Maduro tendrá un efecto dominó en la región. Impactará negativamente a todos los gobiernos de izquierda que han mantenido una posición tolerante ante el monstruoso fraude"



Venezolanos en las calles durante protestas postelectorales / AFP

electoral del 28 de Julio del 2024 y ante las masivas violaciones a los derechos humanos de los venezolanos. Se debilitarán y les será muy difícil ganar nuevas elecciones.

Pero el efecto principal de su caída será en los miembros del ALBA, que son los más cercanos, con una gran

dependencia económica. El régimen comunista de Cuba, que depende del petróleo que le envía Maduro. El régimen de Bolivia con Arce, que tiene una deuda con Venezuela estimada en \$13,300 millones, equivalente al 27% de su PIB y el régimen de Nicaragua con Ortega-Murillo, que tiene

una deuda con Venezuela estimada en \$4,800 millones, equivalente al 25% de su PIB.

La llegada al poder del presidente electo Edmundo González y de la líder de la oposición María Corina Machado, tendrá un efecto dominó positivo, ya que terminarán con los

lazos del narcotráfico y el crimen organizado y harán florecer una pujante economía con gran impacto regional.

El autor es presidente de Honor del Partido Conservador de Nicaragua. Fue presidente de la Asamblea Nacional y del Banco Central.

Más temprano que tarde

Las dictaduras no son infalibles. El momento de Venezuela está cada vez más cerca

SERGIO RAMÍREZ

Las dictaduras del siglo veinte en América Latina se consolidaban gracias al respaldo concertado de las oligarquías, las jerárquicas católicas y el ejército de cuyas filas el tirano de turno generalmente provenía, con el respaldo del gobierno de Estados Unidos, todos temerosos del comunismo según el credo de la guerra fría. Una silla de cuatro patas. No eran dictaduras con base popular, salvo en el caso de Juan Domingo Perón en Argentina, y se asentaban en la represión que creaba el miedo y el silencio, en los golpes de Estado, cuando no en los fraudes electorales, y en la corrupción rampante.

Bastaba que alguna de esas cuatro

patas fallara para provocar la caída del dictador, lo que daba paso a un golpe de Estado que encabeza otro caudillo militar, o se abrían periodos más o menos democráticos; es lo que ocurrió en 1944 en El Salvador, con el general Maximiliano Hernández Martínez, y en Guatemala con el general Jorge Ubico, cuando en plena guerra mundial ambos coqueteaban con el nazismo, y Estados Unidos les zafó el hombro. Cayeron por consecuencia de rebeliones militares anteccedidas por los huelgas y protestas callejeras, sólo que en El Salvador los militares retrógrados siguieron en el poder con el respaldo de la oligarquía, y en Guatemala se abrió el periodo de la revolución democrática con la elección del doctor Juan José Arévalo a la presidencia.

De todas maneras, en el fin de estas dictaduras influía el hecho de que se

trataba de regímenes agotados, como ocurrió con la caída de Pérez Jiménez en Venezuela en 1958, donde el descontento popular fue alimentado por la represión política, la crisis económica y la corrupción descarada, que dio paso al golpe de Estado. Pero el caudillismo militar estaba agotado, y pudo abrirse un largo periodo de gobiernos democráticos que empezó con la presidencia de Rómulo Betancourt, bajo la alternancia bipartidista basada en el pacto de Punto Fijo.

Una dictadura no podía prolongarse indefinidamente en base al latrocinio, el crimen y la corrupción, ni de los repetidos fraudes electorales, y había un momento en que la magnitud de la represión se volvía un elemento desestabilizador, porque existía además una sanción internacional determinante, capaz de provocar un verdadero aislamiento, co-

mo terminó ocurriéndole al dictador Trujillo antes de que fuera muerto a tiros en 1961.

Pero además de la rebelión en las calles y los golpes de Estado en que participaban civiles y militares, surgió también como alternativa la lucha armada, Fulgencio Batista derrocado en Cuba por una guerrilla triunfante en 1959, Anastasio Somoza en Nicaragua en 1979, lo que dio paso en ambos casos a la instauración de regímenes de ideología marxista.

La viabilidad de la lucha armada se cerró con la firma de los acuerdos de paz en Centroamérica entre 1988 y 1996, terminada la guerra fría, cuando los ejércitos en América Latina regresaron a sus cuarteles y se abrieron procesos electorales que instalaron en los palacios presidenciales a gobernantes civiles. Los regímenes autoritarios y el populismo parecían ajeno al nuevo esquema, hasta que en pleno auge de la renovación democrática aparece en Venezuela Hugo Chávez en 1992, cabecilla de un golpe de Estado al viejo estilo contra el gobierno constitucional de Carlos Andrés Pérez, que lo impulsa a ganar las elecciones presidenciales de 1998.

El triunfo de Chávez permite que sobreviva el régimen de Fidel Castro en Cuba, ya desfasado y agotado, gracias al cuantioso auxilio petrolero, y hace resurgir también en Nicaragua la figura, también desfasada y agotada, de Daniel Ortega quien regresa

a la presidencia en 2006 para instaurar, hasta hoy, una nueva dictadura familiar; en tanto Nicolás Maduro, sucesor de Chávez, se mantiene en el poder gracias al viejo triduo de fraude electoral, corrupción, y represión.

Estos dictadores del siglo veintiuno, que se autollaman de izquierda, aplican el triduo sin medida ni contención, porque cuentan a su favor con ventajas que en el siglo pasado no tuvieron las dictaduras de derecha: saben que la lucha armada ha sido descartada por las fuerzas democráticas que se les oponen; saben que pueden llevar al extremo la represión, centenares de jóvenes indefensos asesinados como se vio en Nicaragua en 2018, o llenar las cárceles de prisioneros políticos que toman como rehenes, como en Venezuela; saben que pueden consumir fraudes electorales, cualquiera que sea su magnitud, como se vio en Venezuela en 2024; saben que cualquiera que sea el tamaño de las movilizaciones populares en su contra las reprimirán a palos o a balazos. Y todo porque saben que es cómodamente amplio el grado de tolerancia frente a fraudes, represión y corrupción de parte de la comunidad internacional, ocupada en otros asuntos, o medrosa, u olvidadiza.

Pero eso no hace eternas a estas dictaduras. Represión, fraudes, corrupción, siguen siendo letales y marcarán su final. Caerán por implosión o por explosión, pero caerán. Más temprano que tarde.

DEMOCRACIA >> VENEZUELA DE CAMINO A SU LIBERTAD

Nunca pierdas la esperanza

ENRIQUE KRAUZE

Hace muchos años escuché del gran filósofo polaco Leszek Kołakowski una parábola sobre el poder disuasivo, descorazonador, paralizante de las ideologías totalitarias: “Dos niñas compiten a las carreras en un parque. La que va retrasada grita desafortunadamente: ‘¡Voy ganando, voy ganando!’ La que lleva la delantera escucha esos alaridos, abandona la pista, se arroja en brazos de su madre y le dice entre sollozos: ‘No puedo con ella, siempre me gana’”.

En muchos órdenes de la vida, actuar con derrotismo equivale a decretar una quiebra prematura, injustificada, hasta suicida. Estas actitudes pueden partir de muchas causas: una mala lectura de la realidad, un ánimo depresivo, la simple extenuación o la inseguridad en el propio juicio. En última instancia, dejarse vencer es cerrar la puerta al azar. Grave error, porque el azar juega siempre, en la vida y en la historia.

Los disidentes de la Unión Soviética y la Europa secuestrada por la URSS nunca decretaron la quiebra de su proyecto liberador. Y estaban encarcelados, acosados, solos. Hacia 1984 se puso de moda en Europa hablar del fin de la democracia occidental y su inminente derrota ante la URSS, que llevaba décadas de alardear de una ilusoria superioridad tecnológica, industrial, militar y hasta moral. Pero Kołakowski fue la voz disonante. Conocía desde dentro las contradicciones y debilidades del monstruo, y por eso no se sorprendió cuando un año después Gorbachev introdujo las re-



formas que significaron el principio del fin del orden soviético. La carrera no la ganó la niña locuaz que preten-

día llevar la delantera. La victoria fue de la niña puntera, que desoyó los gritos y permaneció en la pista.

Hay derrotas autoinfligidas en todos los órdenes de la vida. Por ejemplo, en la vida literaria. Un caso fue

el suicidio de Stefan Zweig en 1942. No podía soportar el exilio en Brasil, la pérdida de su biblioteca, la muerte de su madre, el derrumbe del mundo que conoció y en el cual había logrado llegar a la cima de la fama. Seguía siendo muy leído. Le faltaba la gloria del Premio Nobel, y lo hubiera logrado con solo esperar un par de años.

En mi familia hubo un caso ejemplar sobre el valor de la esperanza. Fue mi tía Dora. Por cuatro años luchó como una leona para salvar la vida de su esposo y la de su pequeña hija en la Polonia ocupada por los nazis, hasta que el esposo fue llevado a Bergen Belsen y ella a Auschwitz. La hijita de cinco años sobrevivió escondida por una familia polaca. Al final se reencontraron. “*Job betujen*”, le decía a su hija, en una expresión en idish que quiere decir “Ten confianza”. Pero era mucho más que confianza lo que quería inspirar. Una confianza espiritual y trascendente pero también terrenal y activa, que en español se traduce mejor así: “No pierdas la esperanza”.

El mal radical siempre ha estado presente en la historia. Es ingenuo verlo como una anomalía. La única respuesta es enfrentarlo. El mal radical se ha adueñado desde hace casi tres décadas de Venezuela. Hoy más que nunca hay que apoyar al bravo pueblo que lucha como nunca antes (no exagero el adverbio) para arrojar las cadenas. Hoy más que nunca hay que apoyar con hechos a María Corina Machado, cuyo liderazgo no palió ante el de Bolívar. Hoy más que nunca hay que porfiar por la restauración de la república y la democracia. Hoy, menos que nunca, podemos perder la esperanza.

Miedo, decisión y resistencia política. A un año del 28J

TULIO HERNÁNDEZ

Como obviamente se demostró en las elecciones presidenciales del 28 de julio del pasado año, existe en el presente la convicción cada vez más introyectada entre las mayorías venezolanas de que el régimen político autoritario que domina la nación sobrevive, no por el apoyo popular, sino por el evidente control social que ejercen los distintos aparatos represivos —incluyendo el ELN y las fuerzas armadas oficiales convertidas en ejército de ocupación— puestos al servicio del partido y el aparato gubernamental.

Simultáneamente, crece otra convicción: la idea de que la salida electoral ha quedado bloqueada hasta nuevo aviso, pues participar o no hacerlo en las elecciones, cualesquiera que estas sean, da igual, siempre conduce a una derrota de las fuerzas democráticas, porque la alternancia es un valor no aceptado por la ortodoxia roja.

Convicción que ha quedado validada en muchas oportunidades. En el proceso que siguió al triunfo absoluto de la unidad democrática en las elecciones legislativas del 2015, en lo ocurrido con las elecciones presidenciales de 2024, y en las recientes elecciones legislativas y regionales del año en curso.

En el caso del 2015, al final, el triunfo y la elección de una Asamblea Nacional con mayoría de la resistencia democrática terminó en derrota, asfixia e intervención abierta del nuevo parlamento y su sustitución a la larga por una Asamblea Nacional de mayoría oficialista.

En el caso de las presidenciales del 2024, la operación oficial de captura del poder por la fuerza fue un

paso más allá, ni siquiera se aceptó la derrota como en el 2015, sino que se fue directa e impudicamente por el camino del fraude sin tapujos. Y en el caso de las elecciones legislativas y regionales del presente año, a pesar de que diversos sectores de la oposición decidieron participar, los resultados fueron igualmente desfavorables, pues la misma población que salió a votar a mares llenos en las presidenciales del 2024 se negó a hacerlo esta vez.

Ahora el juego está, de nuevo, trancado. Votes o no votes, ya no importa, la casa siempre gana, es el mensaje oficial. Las posiciones *a posteriori* dentro de las fuerzas opositoras y sus analistas políticos también están trancadas. O por lo menos confrontadas. De una parte, quienes creen que la dirección política se equivocó al no llamar a la población a la calle el 28J a reclamar un triunfo que estaba claramente comprobado en las actas compiladas por los testigos de mesa. Estos sectores están convencidos de que en esa oportunidad la población hubiese estado mayoritariamente ganada para tomar la calle hasta que se reconociese la victoria y las protestas ocurridas espontáneamente los días sucesivos, así lo demuestran. Pero, en su opinión, la dirección política se paralizó.

De otra parte, están quienes creen que el gobierno tenía sus cálculos muy bien hechos y que a sabiendas de que una revuelta popular podría ocurrir, también sabían —ya traen la experiencia de las largas y contundentes protestas de 2017— que aún cuentan con la fuerza represiva y operativa para contenerla, incluso a un costo en vidas menos numeroso que los más de 150 muertes y miles de heridos entre los manifestantes

de aquel año funesto. Por eso decidieron jugárselas todas con el fraude abierto, sin la exigencia siquiera de mostrar las actas electorales, a sabiendas de que los costos de represión serían más bajos que los de la pérdida del poder. Llamar a la gente a la calle hubiese sido, entonces, según esta postura, además de una masacre, otra desilusión más.

Lo mismo ocurre con participar o no en nuevas elecciones. Hay quienes creen que la vía electoral ha sido clausurada por el bloque liderado por María Corina y, por tanto, ya hay que pensar en nuevas vías de presión que no incluyen los votos. Mientras otro, claramente con muy poco apoyo popular, insisten en la necesidad de no cerrar esa puerta aunque las elecciones sean un mero simulacro, como los de Cuba y Nicaragua.

En lo único que pareciera haber consenso es que en la Venezuela del presente lo que domina el escenario político es el miedo. Qué otra cosa podría explicar que, teniendo aproximadamente el 90 por ciento de la población en contra, la firme creencia de que las fuerzas militares —aunque no hablen— están internamente fracturadas, la sociedad civil organizada en permanente acción de denuncia y protesta, aún no se produzca una insurrección popular, una acción tipo Fuente Ovejuna —“todo a la una”— que por fin logre sacar a la tiranía del poder.

El miedo, lo ha demostrado bien la historia, cuando se convierte en sentimiento político colectivo y en acumulación de intentos fracasados —como resultado de experiencias frustrantes y dolorosas, persecuciones implacables, sagas de carceles, exilios, torturas, asesinatos y

despojos— es paralizante. Y, como lo muestra dramáticamente la película *Simón* de Diego Vicentini, la protesta también tiene un límite, y genera un agotamiento personal y una pérdida del valor y de la inocencia, si no tiene al menos pequeños alicientes, resultados tangibles, señales de esperanza y evidencia de organización estratégica de continuidad.

En su libro *El rostro de la batalla*, John Keegan, historiador militar inglés, ofrece una indagación sobre las motivaciones por las cuales, en medio de condiciones físicas de máximo peligro, emociones extremas particulares, dinámicas febriles que se experimentan en el campo de batalla, un soldado se mantiene en pie y continúa luchando en vez de darse media vuelta y huir.

En eso pienso cuando alguien en el extranjero me pregunta por estos días si “los venezolanos podrán superar el miedo”. La respuesta es que muchas veces se ha superado. En las luchas antiperezjimenistas manejadas desde la clandestinidad, los ciudadanos vencían el miedo a la dictadura militar a través de esquemas organizativos y de apoyo mutuo, eficaces. En el Caracazo, los manifestantes se enfrentaban a guardias nacionales y soldados armados. El detonante era la rabia y la venganza, no el asalto al poder. El miedo lo venció el resentimiento acumulado. El costo en vidas fue alto.

En abril de 2002, millares de personas salieron a la calle en Caracas exigiendo la renuncia de Chávez y, aun en medio de la balacera de Puente Llaguno y los francotiradores actuando, la gente se mantenía en pie. El miedo fue vencido por el poderío de las multitudes en la calle, respondiendo a una convocatoria or-

gánicamente planificada.

En el 2017, Venezuela se incendió por sus cuatro costados, los manifestantes en células, vamos a llamarlas foquistas, estaban convencidos de que podían sacar a la cúpula del poder a través de acciones violentas. No lo lograron. Se calculan unos 200 muertos por represión oficial. El 28 de julio de 2025 la población mayoritaria venció el miedo saliendo cívica y pacíficamente a votar. Se logró una gran victoria, luego aplastada por la fuerza.

Ninguna situación se parece a la otra. Habrá que preguntarse, como lo hacía Keegan, por qué en este caso, no el soldado, sino los ciudadanos, se mantienen en pie y continúan luchando en vez de darse media vuelta y huir.

En Chile se venció el miedo y la dictadura de Pinochet a través de un civilizado referendo. En Nicaragua, la de Somoza, a través de una larga lucha armada guerrillera. En Portugal, la dictadura del Estado Nuevo reinante desde 1924, a través un movimiento *sui generis* conocido como la Revolución de los Claveles, un alzamiento popular ocurrido en 1974 en el que los militares jóvenes se mezclaron con los civiles y colocaban en el cañon de sus fusiles claves como señal de que no querían dispararlos contra nadie. En la autocracia de Fujimori, en Perú, por los fenómenos de corrupción que desataron una crisis política y movimientos de protesta callejera que obligó al presidente a presentarse en los medios y convocar a elecciones libres.

El miedo siempre será un instrumento para perpetuarse en el poder. Pero siempre la resistencia termina venciendo. Lo inesperado es el cómo.